

BOLSILIBROS  
BRUGUERA

SERVICIO  
SECRETO

**SS**

# EL MUERTO NO ESTA PARA BROMAS

**Joseph  
Berná**



Sacramento, California.

Doce en punto de la noche.

Una noche cálida, despejada, agradable.

Dan Browne estacionó su coche, un Ford descapotable, azul oscuro, frente al apartamento en donde vivía. Saltó ágilmente al suelo, sin molestarse en abrir la portezuela, y echó a andar hacia la escalera por la que se accedía a su apartamento y a otros cinco más, contruidos todos al mismo nivel, uno junto a otro.

El de Dan Browne era precisamente el último.



Joseph Berna

# **El muerto no está para bromas**

**Bolsilibros - Servicio Secreto - 1653**

ePub r1.1

Lds 18.02.19

Título original: *El muerto no está para bromas*

Joseph Berna, 1982

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO  
SECRETO**



## CAPÍTULO PRIMERO

Sacramento, California.

Doce en punto de la noche.

Una noche cálida, despejada, agradable.

Dan Browne estacionó su coche, un Ford descapotable, azul oscuro, frente al apartamento en donde vivía. Saltó ágilmente al suelo, sin molestarse en abrir la portezuela, y echó a andar hacia la escalera por la que se accedía a su apartamento y a otros cinco más, contruidos todos al mismo nivel, uno junto a otro.

El de Dan Browne era precisamente el último.

Dan subió los ocho peldaños y caminó hacia el final de aquella especie de hermosa y larga terraza que servía de corredor a las personas que habitaban la media docena de apartamentos, pues éstos se hallaban todos a un lado y enfrente estaba la balconada que daba a la calle.

Se trataba de un edificio moderno, limpio, ubicado en una de las zonas más tranquilas y saludables de la ciudad. Estaba totalmente rodeado por unos tres metros de verde y cuidado césped, y la balconada se hallaba repleta de plantas con flores de distintas especies, cuyo aroma inundaba el largo corredor y se filtraba incluso en los apartamentos.

Dan Browne inspiró profundamente, como siempre que cruzaba el corredor, para gozar del delicioso aroma que despedían las plantas y las flores. En unos tiempos en que el aire contaminado amenazaba con destruirlo todo, aquello era muy de agradecer.

Dan contaba veintinueve años de edad. Era un tipo alto, moreno, atlético. Tenía unas facciones agradables y vestía correctamente.

Había llegado ya al final del corredor. Se metió la mano en el bolsillo del pantalón, para extraer la llave, pero no llegó a hacerlo.

Dan Browne acababa de descubrir que alguien había entrado en su apartamento, durante su ausencia.

¿Seguiría allí...?

Dan Browne sospechaba que sí, y se dispuso a hacerle frente.

Era detective privado, y estaba perfectamente capacitado para ello.

Tenía conocimientos de boxeo, de lucha libre, de judo, de karate...

Se hallaba en condiciones de enfrentarse a cualquiera.

Y de vencerle, por supuesto.

Dan Browne sacó la llave, la introdujo en la cerradura, y abrió la puerta con mucha naturalidad, para que el intruso no sospechara que él ya sabía que su apartamento había sido asaltado.

El detective privado penetró en el apartamento, encendió las luces, y cerró la puerta. Deliberadamente, se mantuvo algunos segundos de espaldas, para provocar el ataque del intruso.

Naturalmente, Dan Browne vigilaba por el rabillo del ojo.

Tenía que descubrir al tipo antes de que éste cayese sobre él.

Y lo descubrió.

Se trataba de un individuo que rozaría los dos metros de estatura, robusto, musculoso, con unas manos que parecían guantes de béisbol.

Surgió de detrás del sofá del *living*, silencioso como una sombra.

Dan no pudo verle la cara, porque el tipo se la cubría con un ancho antifaz negro. Sí pudo ver, en cambio, que tenía el pelo rubio, corto, y fuerte.

El individuo avanzó, sigiloso como un gato, y se arrojó sobre el detective privado.

Dan Browne dio un salto hacia su derecha, tan ágil como veloz, y el intruso, incapaz de frenar su impulso, se estrelló violentamente contra la puerta del apartamento.

Por fortuna, la puerta era fuerte y resistió el terrible impacto.

El tipo también lo resistió.

Cayó al suelo, lógicamente, dando un grito de dolor, pero al instante se incorporó, dispuesto para la lucha.

Dan Browne se preparó para recibirle.

El fornido sujeto atacó con su pierna derecha, buscando el pecho del detective en prodigioso salto.

Dan se dejó caer al suelo y el tipo pasó por encima de él como un misil atómico, propinándose, poco después, el segundo batacazo de la noche.

El detective privado se irguió con rapidez, y ahora fue él quien tomó la iniciativa. Antes de que el intruso se levantara, se echó sobre él e intentó inmovilizarlo con una hábil presa.

El tipo del antifaz negro, gracias a su fortaleza, consiguió zafarse de Dan Browne.

Un instante después, era el intruso quien apresaba al detective con un movimiento de tenaza, enormemente peligroso, pues si Dan Browne no conseguía librarse de los férreos brazos de su atacante, éste podría quebrarle la espina dorsal.

Afortunadamente, Dan tenía muchos recursos, y le bastó hundir su codo derecho en el hígado de su enemigo para que éste le soltara, al tiempo que emitía un bramido de dolor.

Dan se revolvió veloz como el rayo, agarró la cabeza del tipo, y le obligó a dar una espectacular voltereta.

El suelo del apartamento tembló cuando la ancha espalda del sujeto del antifaz tomó contacto con él.

El tipo bramó de nuevo.

Dan volvió a arrojarle sobre él y ensayó otra presa.

El intruso intentó zafarse de ella, pero esta vez lo tenía más difícil y, pese a todos sus esfuerzos, no pudo librarse de los fuertes brazos del detective.

—¡Me rindo, Dan! —gritó el individuo.

El detective sonrió y deshizo la presa, irguiéndose seguidamente.

—Te vencí nuevamente, Buddy —dijo, tendiéndole la mano al intruso.

Éste aceptó su ayuda y se incorporó también, emitiendo un gemido de dolor.

—Está visto que no puedo contigo, Dan —rezongó, despojándose del ancho antifaz negro.

—Algún día conseguirás derrotarme, socio, no desesperes. ¿Te sirvo un trago?

—Sí, por favor. Lo necesito.

Dan Browne se acercó al mueble de las bebidas.

Mientras escanciaba *whisky* en sendas copas, Buddy Calvin se dejó caer en el sofá y se llevó las manos a los riñones.

—¿Por qué nunca consigo sorprenderte, Dan?

—No es fácil sorprender a un detective privado, y tú lo sabes.

—Yo también soy detective privado. Y llevo más tiempo en la profesión que tú. Se supone, por tanto, que soy más experto que tú. No debería tener problemas para sorprenderte. Y, sin embargo, no hay manera. Siempre me descubres antes de que caiga sobre ti. ¿Cómo lo consigues, Dan?

—Tengo ojos en el cogote, ¿no lo sabías?

—Hablo en serio, Dan. ¿Cómo supiste que estaba en tu apartamento?

—Tengo un método que nunca falla.

—¿Cuál?

—Si te lo dijera, ya no podría utilizarlo.

—Somos socios, Dan. No debemos tener secretos el uno con el otro.

Dan Browne se acercó con las copas y ofreció una a su amigo.

—Bebe, socio.

Buddy Calvin cogió la copa y tomó un sorbo de *whisky*.

Dan se sentó en un sillón y bebió también un poco de licor.

Buddy lo miró.

—¿No vas a decírmelo, Dan?

—Más tarde, tal vez.

Buddy Calvin soltó un gruñido.

—Eres un mal amigo, Dan. Y un mal socio. El día menos pensado me canso de ti y te mando a paseo.

Browne rió.

—No digas tonterías, socio.

Calvin echó otro trago.

Tenía treinta y cinco años de edad, los ojos claros, y la cara simpática, pese a la rudeza de sus facciones.

Buddy Calvin se disponía a protestar de nuevo, cuando el timbre del apartamento se puso a sonar con insistencia.

—¿Esperas a alguien, Dan?

—No.

—Pues, quien quiera que sea, tiene mucha prisa.

—Eso parece. Iré a ver quién es.

Dan Browne dejó su copa sobre la pequeña mesa del *living*, se levantó del sillón, y acudió a abrir. Apenas tiró de la puerta, la

chica que había llamado gritó:

—¡Hay un muerto en mi apartamento!

## CAPÍTULO II

Dan Browne no oyó lo del muerto.

En realidad, no oyó ninguna de las palabras que la aterrizada muchacha había pronunciado, pues su singular belleza le había dejado poco menos que atontado.

Se trataba de una joven de unos veinticuatro años, alta, maravillosamente esbelta. Tenía el cabello dorado, los ojos color violeta, los dientes muy blancos, y unos labios que incitaban al beso aun sin proponerlo. Lucía un bonito vestido de tirantes, muy delgados, que le permitía exhibir sus preciosos hombros, redondos y suaves. También sus brazos, finos y tersos, eran preciosos. Pero aún lo era más lo que asomaba por el cuadrado escote, bastante atrevido.

Ahí fue donde más tiempo permaneció posada la mirada del detective privado, en el escote del veraniego vestido, admirando la firmeza y perfección de los senos de la muchacha, capaces de volver loco a cualquiera.

La chica, que temblaba de pies a cabeza, exclamó:

—¿Es que no ha oído lo que he dicho?

—No, lo siento —tosió Dan Browne, volviendo a la realidad—. ¿Qué es lo que ha dicho, preciosa?

—¡Que hay un muerto en su apartamento, eso es lo que ha dicho! —exclamó Buddy Calvin, brincando del sofá y trotando hacia la puerta.

—¿Muerto? —Respingó Dan.

—¡Sí, eso fue lo que dije! —asintió la joven—. ¡Su amigo lo oyó perfectamente!

—Buddy Calvin, para servirla —se presentó el rubio, tendiendo su diestra a la muchacha.

Ella se la estrechó nerviosamente, presentándose a su vez:

—Sabrina Diamond.

—Tiene la mano muy fría...

—Más frías deben de estar las del muerto.

—Seguro —tosió Buddy, soltando la mano de la joven.

—Yo soy Dan Browne —se presentó el socio de Buddy.

Sabrina Diamond le estrechó también la mano, diciendo:

—Mucho gusto.

—El gusto es mío, Sabrina.

—¿Por qué no nos dejamos de gustos, y nos ocupamos del muerto? —sugirió la muchacha.

—Tiene usted razón, debimos dejar las presentaciones para después. El muerto es lo primero. ¿Cuál es su apartamento, Sabrina?

—preguntó Dan.

—El de al lado.

—¿No lo ocupaba un violinista...?

—Lo dejó la semana pasada, y ahora lo ocupo yo.

—Con razón hace varias noches que no oigo sonar su violín.

«¿No será el muerto, Dan?», pensó Buddy.

Browne respingó.

—¿El violinista?

—Tal vez sea él —dijo Sabrina—. ¿Usted lo conocía, Dan?

—Sí, me tropecé algunas veces con él.

—Entonces, lo sabremos en cuanto eche usted una mirada al muerto.

—Por supuesto. Vamos, Buddy.

Los dos detectives acompañaron a Sabrina Diamond al apartamento de al lado.

—¿Dónde está? —preguntó Dan Browne, porque el muerto no se veía por ninguna parte.

—Lo dejaron en el dormitorio —indicó Sabrina, señalando la puerta de su habitación.

Dan y Buddy cambiaron una mirada.

—¿Ha dicho... «lo dejaron»? —murmuró el primero.

—Sí —cabeceó la muchacha.

—¿Quiénes? —preguntó Buddy.

—Los hombres que lo mataron, naturalmente.

Dan y Buddy respingaron a dúo.

—¿Lo asesinaron, Sabrina?

—¿No murió de muerte natural?

La muchacha movió la cabeza negativamente.

—Se lo cargaron con un cuchillo. Todavía lo tiene clavado en la espalda. Hasta la empuñadura.

Ambos detectives sintieron frío precisamente ahí, donde el muerto tenía clavado el cuchillo. Sin cambiar una sola palabra, echaron a andar hacia el dormitorio de Sabrina Diamond.

La muchacha fue tras ellos.

Dan Browne y Buddy Calvin entraron en la habitación.

El muerto, efectivamente, se encontraba allí. Yacía en el suelo, tendido de bruces, con un cuchillo entre los omoplatos.

—Se lo clavaron con muchas ganas, no cabe duda —murmuró Browne.

—¿Es el violinista, Dan? —preguntó Calvin.

—No, no es él.

—Menos mal.

Sabrina Diamond preguntó:

—¿No conocen ustedes al muerto, Dan?

—No, es la primera vez que lo vemos.

—Lo mismo me ocurre a mí.

—¿Por qué no le pedimos que se presente? —dijo Calvin.

Browne lo miró seriamente.

—El muerto no está para bromas, Buddy.

El rubio tosió.

—Lo siento, Dan. Lo dije sin pensar.

—Será mejor que llamemos a la policía.

—¡No, eso no! —gritó al instante Sabrina Diamond.

\* \* \*

Dan Browne y Buddy Calvin intercambiaron una mirada, visiblemente desconcertados. ¿Por qué no quería Sabrina Diamond que avisaran a la policía?

¿Tendría ella algo que ver en el asesinato del tipo?

¿Mentía al decir que no lo conocía?

Dan y Buddy no querían sospechar de la muchacha, pero el hecho de que ella no deseara que la policía interviniese...

Sabrina Diamond pareció adivinar lo que pensaban ambos detectives, pues dijo:

—No tengo nada que ver en la muerte de ese hombre, lo juro por lo más sagrado. No sé quién es, no lo había visto nunca. Cuando llegué esta noche a mi apartamento, el tipo ya estaba muerto. Alguien lo había dejado ahí, tal y como ustedes lo están viendo ahora. No sé quién lo asesinó ni por qué. Y tampoco sé por qué decidieron dejarlo en mi dormitorio.

—¿Por qué no quiere que llamemos a la policía, Sabrina? —preguntó Dan Browne.

—Si realmente es usted inocente, y nosotros no lo ponemos en duda, no tiene nada que temer —añadió Buddy Calvin.

Sabrina Diamond se retorció nerviosamente las manos.

—Soy inocente, les doy mi palabra, pero no me sería fácil convencer a la policía de ello. Con mis antecedentes...

—¿Antecedentes? —repitió Dan.

—¿Qué antecedentes? —preguntó Buddy.

La muchacha bajó la mirada y confesó:

—Estuve complicada en un asunto de drogas. La policía me detuvo y me cayeron tres años de cárcel. Por mi buen comportamiento, me rebajaron un año la pena. Hace poco que salí de la cárcel. Me presenté en numerosos lugares, en busca de empleo, pero en cuanto decía que había estado dos años entre rejas, se negaban rotundamente a admitirme. Por fin, conseguí trabajo en una cafetería. El propietario es un buen hombre, y decidió darme la oportunidad de demostrarle que no soy mala chica. Está muy satisfecho con mi comportamiento, pero si se entera de que apareció un hombre muerto en mi dormitorio, con un cuchillo clavado en la espalda, pensará lo mismo que la policía. Creerá que yo lo maté, y me despedirá en el acto.

Dan Browne y Buddy Calvin se consultaron con la mirada.

Antes de que dijeran nada, Sabrina Diamond, casi con lágrimas en los ojos, suplicó:

—Ayúdenme, por favor. Llévense al muerto y déjenlo en cualquier lugar. Cuando la policía lo encuentre, no podrá relacionarme a mí de ninguna manera con el muerto, pues les repito que no sé quién es, que jamás lo había visto.

Dan y Buddy vacilaron.

Sabrina insistió:

—Sé que no tengo derecho a pedirles que corran ese riesgo por mí, pero son las únicas personas que pueden ayudarme a salir del lío en que estoy metida. Si tuviera dinero, se lo ofrecería, pero...

Dan la atajó con el gesto.

—Por favor, no diga eso. Buddy y yo jamás aceptaríamos ayudarla por dinero.

—Por supuesto que no —corroboró el rubio.

—Nos llevaremos al muerto, Sabrina. Y trataremos de averiguar quién es, quién lo asesinó, y por qué lo dejó en su dormitorio —prometió Brown.

—¿De veras? —se alegró visiblemente la muchacha.

—Dan y yo somos detectives privados, Sabrina —informó Buddy.

—¿En serio?

—Y de los buenos —aseguró Dan—. ¿No es cierto, socio?

—Los mejores de todo Sacramento —respondió el rubio.

—¡Qué suerte! —exclamó Sabrina—. Pero les repito que no tengo dinero para contratarles...

—No importa —dijo Dan—. Buddy y yo aceptamos este caso gratis. ¿Estás de acuerdo, socio?

—Naturalmente —cabeceó Calvin—. Tratándose de una vecina tuya, tan joven y tan bonita, no podemos negarle nuestra ayuda sólo porque en estos momentos ande escasa de dinero. Solucionaremos su caso gratuitamente.

Sabrina Diamond sonrió, emocionada.

—No sé cómo darles las gracias, amigos.

—El muerto tampoco —murmuró Buddy, desviando sus ojos hacia el cadáver del tipo—. Buddy, ya te dije antes que el muerto no está para bromas —masculló Dan.

El rubio carraspeó.

—Disculpa, Dan. Se me escapó.

—Bien, será mejor que nos llevemos al muerto.

—Si, cuanto antes —dijo Sabrina.

—¿Cómo vamos a sacarlo de aquí, Dan? —preguntó Buddy.

—Envuelto en algo.

—¿Sugieres que hagamos un fardo con él?

—Exacto. Aunque es de noche, y a estas horas no es probable

que nos tropecemos con alguien, no podemos arriesgarnos a que nos vean con un muerto a cuestas.

—Dan tiene razón —opinó Sabrina—. Hay que envolverlo.

—¿Con qué lo envolvemos? —preguntó Buddy.

—Una manta servirá —dijo Dan.

—Voy por ella —dijo Sabrina.

Sacó una manta del armario y se la entregó a Dan.

—Ayúdame a liarlo, socio —pidió Browne.

—El muerto va a sentir complejo de cigarrillo —dijo Calvin.

Dan lo miró con severidad.

—¿Quieres dejar de hacer chistes con el muerto, Buddy?

El rubio tosió.

—Perdona, Dan, pero lo de «liarlo» lo dijiste tú, no yo.

—Y te vino de perillas para soltar el chiste, ¿eh?

—Me lo serviste en bandeja, sí.

—Si el muerto fueras tú, no te gustaría que bromearan a tu costa.

—Desde luego que no.

—Venga, ayúdame.

Entre los dos, envolvieron con la manta el cadáver.

—Por culpa del mango del cuchillo, parece que el tipo tenga joroba —dijo Buddy, señalando el abulta— miento que se apreciaba a la altura de la espalda del cadáver. Dan lo miró duramente.

—¿Es otro chiste, Buddy?

—No, una simple observación —carraspeó Calvin.

—Carga con el muerto.

—¿Por qué yo?

—Porque tienes más fuerza.

—Está bien —rezongó Buddy, y se echó el fardo sobre el hombro izquierdo.

—Yo iré delante —dijo Dan, y caminó hacia la puerta del apartamento.

## CAPÍTULO III

Dan Browne abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Todo está tranquilo, socio. Podemos salir.

Buddy Calvin cruzó la puerta, cargado con el muerto.

—Volveremos lo antes posible, Sabrina —dijo Dan.

—Les estaré esperando —respondió la muchacha.

—Cierre la puerta. Y no abra si no oye tres timbrazos, cortos y seguidos. Eso le indicará que somos nosotros.

—De acuerdo —asintió Sabrina Diamond, y cerró la puerta.

—En marcha, socio —indicó Dan.

Los dos detectives privados caminaron con paso raudo por la perfumada terraza, en busca de la escalera. La alcanzaron sin novedad y descendieron rápidamente a la calle.

De pronto, surgió alguien en ella.

Se trataba de un viejo, muy delgado y de baja estatura. Llevaba una pipa entre los dientes, y más que fumarla parecía morderla.

Dan y Buddy se detuvieron instintivamente.

El viejo también se paró, al verlos.

Se llamaba Hasely, y ambos detectives lo conocían, pues tenía un puesto de periódicos y revistas muy cerca de allí. Dan y Buddy solían comprarle algunos ejemplares, de ahí su amistad con el viejo.

Éste se quitó la pipa de la boca y exclamó:

—¡Dan...! ¡Buddy!

Browne fue el primero en reaccionar.

—Buenas noches, Hasely —dijo, sonriendo.

—¿Qué diablos lleváis ahí? —El viejo señaló con su pipa el fardo que portaba Buddy sobre su hombro izquierdo.

—Es una alfombra —respondió Dan.

—¿Una alfombra?

—Sí, eso es —sonrió nerviosamente Buddy, y le dio unas palmaditas al cadáver que envolvía totalmente la manta.

—Parece muy pesada, ¿no?

—Como que es de piel de cocodrilo.

El viejo Hasely parpadeó cómicamente.

—¿Una alfombra de piel de cocodrilo?

—Son las que más duran —aseguró Dan, conteniendo la risa—. Vamos, Buddy, que se nos hace tarde.

—Sí, Hay que darse prisa. Hasta la vista, Hasely. Y no olvide guardarme el *Playboy* de este mes. Creo que sale mi prima en el póster.

El viejo respingó.

—¿Tu prima, dices?

—Sí, está como un tren. ¡Ya la verá, ya!

El viejo Hasely se quedó sin habla.

Dan y Buddy alcanzaron el Ford descapotable.

—Lo pondremos en el maletero —dijo Browne, en tono bajo.

—Date prisa, Dan —apremió Calvin—. Me temo que el viejo Hasely sospecha algo.

—No lo creo. Lo de la alfombra de piel de cocodrilo fue una píldora muy difícil de tragar, pero con lo de tu prima estuviste genial. El viejo Hasely no pensará en otra cosa hasta que salga el *Playboy* de este mes. Ya está deseando saber qué tal está tu prima por delante y por detrás.

Buddy Calvin rió quedamente.

—Sí, creo que fue una mentira muy oportuna. Hará que el viejo Hasely se olvide de la alfombra de piel de cocodrilo.

—Totalmente, puedes estar tranquilo. Hale, mete el fiambre.

—¡Chist! ¡Que te puede oír, Dan!

—Está bien, mete «la alfombra».

Buddy rezongó algo y colocó el muerto en el maletero, bien encogidito, porque si no era así, no cabía.

—Veremos quién lo desencoge después —masculló Dan.

—Si no lo pueden enterrar en un ataúd normal, que le hagan uno en forma de herradura.

Browne no pudo reprimir la carcajada.

—Esa broma no le habrá hecho ninguna gracia al muerto, pero a mí me ha hecho mucha.

—Vamos, cierra el maletero de una vez y salgamos arreando.

—Estás nervioso, socio.

—¿Acaso no es para estarlo?

—Todo saldrá bien, tranquilízate.

—No me gusta pasearme por la ciudad con un muerto en el maletero, Dan. No me gusta nada.

—Nadie sabe lo que llevamos. Además, lo descargaremos muy pronto.

—Eso es lo que quiero. Venga, subamos al coche.

Los dos detectives se acomodaron en el asiento delantero del Ford.

Dan Browne puso el motor en funcionamiento y el automóvil arrancó, cobrando rápidamente velocidad.

—No te pases, Dan —rezongó Buddy Calvin.

—¿Cómo dices?

—Que no corras tanto.

—Tenemos que deshacernos del muerto cuanto antes, ¿no?

—Sí, pero como sigas conduciendo así, aparecerán los de Tráfico y te pondrán una multa. Y como les dé por echar un vistazo al maletero...

Dan sonrió.

—Está bien, correré menos.

\* \* \*

Unos quince minutos después, Dan Browne detenía su Ford en un paraje solitario, a varios kilómetros de la ciudad.

—Dejaremos el muerto aquí, socio.

—Sí, es un buen lugar —respondió Buddy Calvin. Saltaron los dos al suelo.

Dan abrió el maletero.

—Ayúdame a sacarlo, Buddy.

—Vamos allá.

Cargaron con el cadáver y lo depositaron en el suelo. Dan lo desenvolvió.

—¿Por qué le quitas la manta? —dijo Buddy—. Se va a resfriar.

—No empieces con tus chistes, Buddy.

—Le has quitado la manta porque vamos a registrarlo, ¿verdad?

—Exacto.

—Apuesto a que no lleva nada encima que sirva para identificarle.

—Tal vez. Lo sabremos en cuanto lo hayamos registrado. Vamos, échame una mano. —Con lo poco que me gusta a mí registrar muertos...— rezongó el rubio, pero puso manos a la obra.

Buddy Calvin acertó.

Los bolsillos del tipo, tanto los de la chaqueta como los del pantalón, estaban vacíos.

—¿No te lo dije, Dan? El muerto no lleva nada encima, nos quedamos con las ganas de saber quién es.

—Lo averiguaremos, no te preocupes. Sabemos que es un hombre joven, de unos treinta años de edad, pelo negro, ensortijado, facciones duras, buena talla, fuerte constitución... Viste bien, ¿verdad?

—Sí, y calza mejor. Fíjate en sus zapatos. Son de los caros.

—Cierto.

—Bien, aquí ya no hacemos nada, Dan. Sugiero que nos larguemos.

—Sí, volvamos con Sabrina.

—¿Por qué metes la manta en el maletero?

—Es de Sabrina, y la policía podría averiguarlo. No podemos dejarla con el muerto, se la devolveremos.

—Está manchada de sangre...

—Que la lave. Anda, vamos.

\* \* \*

De regreso a la ciudad, Buddy Calvin preguntó:

—¿Crees que Sabrina Diamond nos dijo la verdad, Dan?

—Sí, estoy convencido de ello. ¿Tú no, socio?

—Tengo algunas dudas, lo confieso. La chica no quiere que la policía la relacione con la muerte del tipo, pero le faltó tiempo para llamar a tu apartamento en cuanto descubrió el cadáver en su dormitorio.

—Una reacción absolutamente lógica, Buddy. La muchacha estaba aterrorizada, y salió corriendo en busca de ayuda. Llamó a mi apartamento porque era el más próximo al suyo.

—El apartamento del otro lado estaba igual de próximo, pero la chica llamó al tuyo. Creo que sabía que eras detective privado, Dan.

—No, no lo sabía, Buddy. Recuerda la cara de sorpresa que puso cuando tú dijiste que los dos éramos detectives privados.

—Pudo ser una expresión fingida.

—¿Qué piensas, que Sabrina asesinó al tipo?

—Supón que lo conocía. Dan. Que era el hombre que la metió en el asunto de las drogas. Sabrina ha pasado dos años en la cárcel, y no quiere volver, prefiere un trabajo honrado. El tipo la visitó y le pidió que volviera a lo de las drogas, pero ella se negó rotundamente, lo cual no le gustó al fulano. La amenazó, y hasta es posible que la golpeará o intentara abusar de ella. El tipo sabía que Sabrina no gritaría ni pediría socorro, porque no quiere que la policía intervenga para nada. Sabrina, al ver que no podía librarse del fulano de ninguna de las maneras, tomó un cuchillo y se lo clavó en la espalda hasta la empuñadura. Quizá luego se arrepintió, pero la cosa ya no tenía remedio. El tipo estaba muerto, y Sabrina tenía que sacar el cadáver de su apartamento. Pero ella sola no podía hacerlo. Fue entonces cuando se le ocurrió llamar a tu apartamento. Sigo pensando que Sabrina sabía que tú eras detective privado. El hombre que mejor podía ayudarla a librarse del cadáver del tipo. Por eso recurrió a ti. No fue por casualidad, Dan. Sabrina no podía arriesgarse a pedir ayuda a cualquiera, porque si la persona en cuestión se la negaba, estaba perdida. La policía intervendría, y con sus antecedentes...

Dan Browne no hizo ningún comentario.

La hipótesis de Buddy Calvin no tenía nada de descabellada, y Dan no encontraba argumentos para rebatirla. De ahí su silencio.

Dan Browne no quería creer que Sabrina Diamond había matado al tipo, pero...

## CAPÍTULO IV

El Ford descapotable se hallaba nuevamente estacionado frente al edificio de apartamentos, pero Dan Browne seguía sentado al volante, en actitud pensativa.

Buddy Calvin no quería interrumpir las reflexiones de su socio, pero como pasaba el tiempo y Dan Browne no hacía ademán de salir del coche, el rubio se decidió finalmente a hablar.

—¿Vamos a pasar la noche aquí, sentados en tu coche, Dan?

Browne miró a su socio.

—Le estoy dando vueltas a lo que dijiste antes. Buddy.

—¿Y...?

—Es posible que tengas razón, ¿sabes?

—También tú empiezas a dudar de Sabrina Diamond, ¿eh?

—Sí, debo confesarlo. Puede que ella no matara al tipo, pero ya no descarto la posibilidad de que si lo hiciera. Tenemos que averiguarlo, Buddy.

—¿Cómo?

—Si Sabrina mató a ese hombre, debe tener todavía en su apartamento las cosas que él llevaba en los bolsillos, y que le quitó para que no pudiera ser identificado.

—Continúa, Dan.

—Me las arreglaré para que Sabrina pase a mi apartamento. Cuando estemos los tres en él, tú te ausentas unos minutos con cualquier pretexto, entras en el apartamento de Sabrina, y lo registras todo. Si encuentras las cosas del muerto, sabremos que ella nos mintió. Si no encuentras nada, es que Sabrina dijo la verdad.

—O que se ha deshecho ya de las cosas del muerto.

—No, no creo que lo haya hecho, Buddy. Lo normal es que las escondiera, antes de pedirme ayuda. Y no ha tenido tiempo de

deshacerse de ellas. Si Sabrina asesinó al tipo, hallarás las cosas de él en su apartamento.

—De acuerdo, Dan. Lo registraré a conciencia.

—Vamos, socio.

\* \* \*

Sabrina Diamond escuchó los tres timbrazos, cortos y seguidos, y acudió rápidamente a abrir, sabiendo que eran Dan Browne y Buddy Calvin los que aguardaban al otro lado de la puerta.

—¡Dan! ¡Buddy! —exclamó, visiblemente nerviosa.

Browne le sonrió.

—Ya estamos de vuelta, Sabrina.

—¿Algún problema?

—No, ninguno —respondió Calvin—. Nos hemos deshecho del cadáver sin que nadie nos viera.

—Qué alivio —suspiró la muchacha.

—Aquí está la manta, Sabrina —dijo Dan, entregándosela—. Vaya con cuidado, tiene manchas de sangre. Tendrá que lavarla, antes de guardarla.

—¿Por qué no la dejó con el muerto?

—Hubiera podido servir de pista a la policía.

—Oh, entiendo. Hizo bien en traerla, Dan. Pasen, y les serviré una copa.

—La tomaremos en mi apartamento. Deje la manta por ahí y venga con nosotros, Sabrina.

—¿No prefieren tomar la copa aquí, Dan?

—La próxima vez invitará usted, Sabrina. Esta noche quiero invitarla yo.

—De acuerdo, Dan —aceptó la joven, con una suave sonrisa.

Dejó la manta en el suelo y fue con Dan y Buddy.

Ya en el apartamento de Dan, éste preparó tres copas, mientras Buddy y Sabrina se sentaban en el *living*. Como sobre la mesa seguía el ancho antifaz negro de Buddy, Sabrina lo señaló y exclamó:

—¿De quién es eso...?

—Oh, es mío —sonrió el rubio, tomándolo—. Me lo puse para darle un susto a Dan, pero no logré sorprenderle. Nunca lo consigo, es demasiado listo.

—Parece un antifaz de ladrón.

—Sí, es muy apropiado para dar atracos —rió Buddy.

Dan se acercó con las copas.

Con un disimulado gesto, indicó a su socio que era el momento de ausentarse. Buddy entendió y dijo:

—Caramba, olvidé los cigarrillos en tu coche, Dan.

—Pues ve por ellos.

—Vuelvo enseguida.

Buddy se levantó y abandonó el apartamento.

Dan se sentó en el sofá, junto a Sabrina.

—Gracias —dijo la muchacha, aceptando la copa que el detective le ofrecía.

—¿Quiere que brindemos, Sabrina? —sugirió Dan.

—¿Por qué?

—Por una rápida solución del caso. Y también por nuestra amistad.

—De acuerdo, brindemos por ambas cosas —sonrió la joven.

Hicieron entrecuchar suavemente sus copas y luego ingirieron sendos sorbos de licor. Después, Dan dijo:

—Creo que debemos tutearnos, Sabrina.

—No tengo inconveniente.

—¿Quieres que hablemos del asunto de las drogas?

—No me resulta agradable, pero si lo consideras necesario...

—Sí, y te diré por qué. Sospecho que lo ocurrido esta noche tiene relación con aquello. Sabrina Diamond respingó en el sofá.

—¿El asunto de las drogas relación con el muerto?

—Sí, eso es lo que pienso.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—¡Aquello ocurrió hace mucho tiempo, Dan!

—Sabrina, no es normal que uno llegue por la noche a su casa y se encuentre un hombre tendido en el suelo del dormitorio, con un cuchillo hundido entre los omoplatos. Cuando los tipos que lo asesinaron se tomaron la molestia de llevarlo a tu apartamento, sus razones tendrían. No puede deberse a una simple casualidad. Suponía un riesgo llevarlo a tu apartamento, una vez muerto, porque alguien podía descubrirlos. Debían tener algún motivo para correrlo. A menos, claro, que el tipo entrara por su propio pie en el

apartamento, y se lo cargaran después, lo cual también es posible.

Sabrina Diamond movió la cabeza.

—No, Dan, rechazo eso último. A ese hombre lo mataron cerca de aquí, y como sus asesinos no sabían dónde esconderlo, lo metieron en mi apartamento.

—¿Y por qué en el tuyo, precisamente?

—No lo sé.

—Yo sí creo saberlo, Sabrina. Los asesinos te conocían, sabían que tú no te encontrabas en tu apartamento, que estabas trabajando en la cafetería, que no te atreverías a llamar a la policía cuando llegaras a casa y descubrieras al muerto, porque saben que pasaste dos años en la cárcel.

—¿Cómo pueden saber los asesinos tantas cosas sobre mí? ¡Eso es absurdo, Dan!

—No tan absurdo, Sabrina. Especialmente, si tienen algo que ver en el asunto de las drogas que te llevó a ti a la cárcel.

—Dan, te repito que eso pasó hace mucho tiempo. Cumplí mi condena y ahora tengo un trabajo honrado. Lo de las drogas es historia. Cometí un error metiéndome en algo que se halla penado por la ley, pero ya pagué por ello. Y he quedado suficientemente escarmentada, te lo aseguro. No volvería a traficar con drogas ni por todo el oro del mundo.

—Te creo, Sabrina. Y es precisamente eso lo que me hace sospechar que puede existir una relación entre el asunto de las drogas y el muerto que encontraste en tu dormitorio. Tú no quieres volver a lo de las drogas, pero hay alguien que tiene mucho interés en que vuelvas a ese trabajo delictivo, y pretende obligarte a ello.

—No he tenido ningún contacto con la gente de entonces, Dan.

—Pero lo puedes tener muy pronto.

—¿Y qué pinta el muerto en todo esto?

—Puede ser una forma de asustarte.

Sabrina Diamond se oprimió las sienes, al tiempo que cerraba los ojos.

—Me estoy haciendo un lío, empieza a dolerme la cabeza.

Dan Browne acercó su rostro al de ella y la besó suavemente en los labios. Sabrina Diamond abrió los ojos de golpe y lo miró, las manos todavía sobre las sienes.

—¿Sabes que eres un fresco, Dan?

—¿Por qué?

—¿Y todavía lo preguntas?

—Dijiste que empezaba a dolerte la cabeza, ¿no?

—Sí, es cierto.

—Pues eso se cura con unos cuantos besos.

—O sea, que piensas darme más.

—Todos los que hagan falta —sonrió Dan, y acercó nuevamente su boca a la de la muchacha.

Ella le puso las manos en los hombros y lo frenó.

—Un momento, señor detective.

—¿No quieres que te quite el dolor de cabeza, Sabrina?

—Para esto nos dejó solos Buddy, ¿verdad? Lo de los cigarrillos era una excusa.

—Pero qué malpensada eres.

—Será mejor que me vaya.

—¿Es que no te fías de mí?

—Pues, si he de ser sincera...

—Eres una ingrata, Sabrina. Después de lo que Buddy y yo hemos hecho por ti, deberías tener mejor concepto de nosotros. Vamos a solucionar tu caso gratis, ¿lo has olvidado ya?

—Eso es muy de agradecer, Dan. Pero, si a cambio tengo que acostarme con vosotros dos...

—¿Quién ha dicho eso?

—No lo ha dicho nadie, pero...

—Estás equivocada, Sabrina. Sólo pensaba darte unos besos, no tengo intención de aprovecharme de ti.

—¿Y por qué no vuelve Buddy?

—Quizá sus cigarrillos no estaban en mi coche, y tuvo que ir a comprar una cajetilla. Por eso tarda un poco más de lo normal.

—Ya.

—¿Puedo darte otro beso, Sabrina?

—¿Me prometes que no intentarás otras cosas más atrevidas?

—Prometido.

—Entonces, de acuerdo —accedió la muchacha, con una deliciosa sonrisa.

Un par de segundos después, Dan Browne la estaba besando de nuevo.

Y, esta vez, sin ninguna prisa por terminar.

El que sí tenía prisa por terminar, era Buddy Calvin.

Había entrado en el apartamento de Sabrina Diamond utilizando su juego completo de ganzúas, y lo estaba registrando todo. Aunque sin ningún resultado, hasta el momento. Las cosas del muerto no aparecían.

Buddy estaba revisando el cuarto de baño.

De pronto, creyó oír un leve ruido en el dormitorio.

Buddy salió del cuarto de baño.

Lo hizo con precaución, por si tenía que vérselas con alguien.

Y así fue.

Y Sin embargo, y pese a hallarse presto para la lucha, el detective no pudo reaccionar a tiempo, porque la sorpresa fue demasiado grande. ¡El muerto estaba en el dormitorio...!

¡Y no tirado en el suelo, como la otra vez, sino en pie firme...!

¡Tenía los ojos abiertos!

¡Sonreía siniestramente!

¡Y empuñaba una gruesa porra de goma!

Buddy Calvin no pudo ver más, porque el «muerto» le atizó con su porra en toda la testa, con tremenda dureza, y el detective se desplomó sin sentido.

## CAPÍTULO V

Dan Browne y Sabrina Diamond iban ya por el cuarto beso.

Al término del mismo, el detective preguntó:

—¿Mejora tu dolor de cabeza, Sabrina?

—Se me ha ido por completo.

—¿Lo dices para que no te bese más veces?

—No, es la verdad. Me encuentro como nueva.

—Es un remedio infalible, ya te lo dije. Pero, para que el dolor no vuelva, sería conveniente que te diese un par de besos más.

—Y un jamón.

—¿También quieres que te dé un jamón?

—No te hagas el despistado, Dan. Sé que me has entendido perfectamente.

—Debo olvidarme del par de besos que completarían la media docena, ¿verdad?

—Exacto.

—Qué desilusión.

—¿Por qué dices eso?

—Me pareció que te gustaba mi forma de besar.

—Y me gusta.

—¿Entonces...?

—Para ser la primera noche, creo que con cuatro besos ya está bien.

—Yo te daría cuarenta y todavía me quedaría con ganas.

Sabrina Diamond rió y se puso en pie...

—Un tipo insaciable, por lo que veo.

—Depende de la chica que esté conmigo —repuso el detective, cogiéndole la mano—. Suéltame, Dan.

—Quédate unos minutos más, Sabrina.

—Hasta que regrese Buddy, ¿no?

—Eso es.

—Menudo par de pájaros.

—¿Por qué nos llamas «pájaros»?

—Sé que Buddy no volverá, Dan. Lo de los cigarrillos era un cuento chino. Sin duda lo echasteis a suertes y te tocó a ti quedarte a solas conmigo.

—Vuelves a desconfiar de nosotros, ¿eh, Sabrina?

—No quisiera, pero las circunstancias... No es posible que Buddy tarde tanto. Si lo de los cigarrillos fuera cierto, ya estaría de vuelta.

—Quizá se tropezó con alguna amiga.

—¿A estas horas de la noche?

—Sabrina, hazme un poco más de compañía, le lo pido por favor.

—Lo siento, Dan, pero no puedo quedarme más tiempo. Es muy tarde ya, tengo que acostarme.

—¿No te da miedo pasar la noche sola en tu apartamento, después de lo ocurrido?

—Un poco, lo confieso. Pero no tengo más remedio.

—Hay una solución, Sabrina.

—Pasar la noche contigo, ¿no?

—Sí, pero no pienses mal. Tú dormirías en mi cama y yo lo haría aquí, en este sofá. —Estarías muy incómodo, Dan.

—Por ti sería capaz de pasar la noche colgado de una lámpara.

Sabrina Diamond rió.

—Estás loco.

—Quédate, Sabrina, y te demostraré que...

—Buenas noches, Dan.

Al ver que la muchacha rescataba su mano y echaba a andar hacia la puerta, el detective privado brincó del sofá y corrió tras ella.

—¡Espera, Sabrina!

La joven no se detuvo.

Dan la cogió del brazo, muy cerca ya de la puerta.

Ella se puso seria.

—¿Piensas retenerme por la fuerza, Dan?

—Por favor, no digas eso.

—Entonces, suéltame. Quiero volver a mi apartamento, Dan.

—Sabrina...

La muchacha entrecerró los ojos con desconfianza.

—Tú parece tener mucho interés en que no vuelva. ¿Por qué, Dan?

—Me agrada tu compañía, eso es todo.

—No, sospecho que ése no es el motivo. Hay algo más.

—Sabrina, yo te aseguro que... —carraspeó el detective.

De pronto, Sabrina Diamond dio un respingo.

—¡Buddy! —exclamó.

—¿Qué pasa con Buddy?

—¡No fue por sus cigarrillos, fue a mi apartamento! ¡Está buscando algo!

Dan Browne tosió.

—Te equivocas, Sabrina. Buddy...

La muchacha le pegó un zarpazo, para librarse de él.

—¡Me has engañado, Dan! ¡Me habéis engañado los dos!

—Cálmate, Sabrina. Yo te explicaré lo que...

—¡Métete tus explicaciones donde yo estoy pensando! —rugió la joven, abriendo la puerta y saliendo disparada del apartamento del detective.

—¡Sabrina! —La llamó Dan, saliendo también al hermoso corredor.

—¡Vete al cuerno! —barbotó la muchacha, metiendo ya su llave en la cerradura de su apartamento.

Antes de que la hiciera girar, la puerta se abrió de golpe y Buddy Calvin salió como una bala de cañón, arrollando estrepitosamente a Sabrina Diamond. Al ver a Dan Browne, el rubio, cuya expresión distaba mucho de ser la de una persona normal y en su sano juicio, chilló:

—¡El muerto tenía frío y volvió por la manta, Dan!

\* \* \*

Sabrina Diamond había quedado tendida en el suelo del largo corredor, con las piernas en alto. Unas piernas prodigiosas de verdad, involuntariamente exhibidas desde los tobillos hasta las caderas, pues la falda del veraniego vestido se había levantado

hasta la cintura a causa de la violenta caída. La muchacha mostraba, incluso, el sucinto pantaloncito rojo y calado.

Una visión, en suma, capaz de excitar al hombre más frío.

Pero nadie se excitó, porque Dan Browne sólo tenía ojos para Buddy Calvin, y viceversa. Dan agarró por los hombros a su socio y exclamó:

—¿Qué fue lo que dijiste, Buddy?

El rubio, cuyo corpachón parecía estar sometido a continuas descargas eléctricas, a juzgar por sus exagerados temblores, gritó:

—¡El muerto, Dan!

—¿Qué pasa con el muerto?

—¡Volvió por la manta!

—No digas estupideces.

—¡Te lo juro, Dan! ¡Traía una porra, y me atizó con ella en la cabeza! ¡Fíjate en el chichón que me ha salido! ¡Es tan grande como una patata!

Dan Browne pudo comprobar que, efectivamente, Buddy Calvin tenía un enorme chichón en la testa. Después, empujó a su socio hacia el interior del apartamento de Sabrina Diamond.

—Entra ahí, Buddy.

El rubio ofreció resistencia.

—¡No quiero entrar, Dan! ¡Este apartamento está maldito, maldito!

—¡Cállate o te estrello el puño en la cara! —amenazó Browne.

Buddy se dejó meter en el apartamento de Sabrina Diamond.

Dan se volvió hacia la muchacha.

Como Sabrina seguía con las piernas en alto y el vestido levantado, totalmente paralizada por las cosas que había dicho Buddy Calvin, Dan Browne sí pudo ahora contemplar todo lo que la muchacha enseñaba, y casi se queda paralizado él también.

No obstante, el detective tuvo la suficiente fuerza de voluntad como para apartar sus ojos de todo lo que estaba a la vista y tendió su mano a la joven.

—Arriba, Sabrina.

Ella se cogió de su mano y se levantó, musitando:

—Buddy asegura que...

—Buddy no sabe lo que dice —rezongó Dan, y empujó también a la muchacha hacia el interior del apartamento.

Cuando los tres estuvieron dentro, Dan cerró la puerta.

Sabrina señaló el suelo y exclamó:

—¡La manta no está, Dan!

—Ya lo veo.

—¡El muerto se la llevó! —gritó Buddy, dominado todavía por el pánico.

Dan lo miró duramente.

—¿Quieres dejar de decir idioteces, Buddy?

—¡Es la verdad, Dan!

—El muerto no pudo volver, porque los muertos no andan.

—¡Lo vi con mis propios ojos, Dan! ¡Me miró, me sonrió, y luego me cascó con la porra!

—El que te atizó con la porra, era otro.

—¡Era el muerto, Dan!

—Tal vez se le parecía un poco, y el miedo te hizo creer que...

—¡No se le parecía un poco, era idéntico! ¡Su pelo negro y ensortijado, sus facciones duras, su mismo traje, sus mismos zapatos...! ¡Te repito que era él, Dan!

—¿Estás seguro, Buddy?

—¡Completamente!

—Bien, entonces sólo cabe una explicación lógica.

—¿Cuál? —preguntó Sabrina Diamond.

Dan Browne la miró y dijo:

—El muerto no estaba muerto.

## CAPÍTULO VI

Sabrina Diamond parpadeó muy deprisa.

—¿Que no estaba muerto...?

—Es evidente que no, Sabrina —respondió Dan Browne—. Si el tipo hubiera estado realmente muerto, no se habría podido mover del lugar en donde nosotros lo dejamos. Y tampoco hubiera podido atizarle a Buddy con una porra. Los muertos no andan por ahí dando porradas.

—¡Yo me la gané a pulso, Dan! —dijo Buddy Calvin—. ¡Bromeé varias veces a costa del muerto, y él se vengó, cuando regresó por la manta!

—Para broma buena, la que nos gastó a nosotros el tipo, haciéndonos creer que se lo habían cargado de una feroz cuchillada en la espalda —repuso Browne.

—¡Tenía el cuchillo clavado entre los omoplatos, Dan! —recordó Calvin.

—No se trataba de un verdadero cuchillo.

—¿Y la sangre?

—Pintura roja, seguramente.

—¡Yo creo que estás equivocado, Dan! ¡El tipo estaba realmente muerto! ¡Lo envolvimos con la manta, cargamos con él, lo metimos en el maletero de tu coche, lo registramos en aquel paraje solitario, y el tipo no se movió en ningún momento!

—Sí, debo reconocer que representó magníficamente su papel. Tau buena fue su actuación, que nos engañó a todos. Ni siquiera nos molestamos en tomarle el pulso. —¡No hacía falta, Dan! ¡El tipo estaba tieso!

—Piensa con la cabeza, Buddy. Si el tipo volvió y te atizó con la porra, es que no estaba muerto. Ni siquiera herido. Y, si estaba

muerto de verdad, es que tú viste visiones.

—Visiones, ¿eh? —masculló el rubio—. ¿Es una visión el chichón que tengo en la cabeza? ¡Creo que es la mejor prueba de que me casaron con una porra!

—De eso no hay duda, Buddy. La duda está en si te atizó el tipo que encontramos aparentemente muerto, o se trataba de otro hombre al que tú confundiste con el muerto, bien porque se le parecía mucho, o bien porque el miedo te hizo ver que tenía su misma cara, que vestía como él, y que calzaba como él.

—¡No soy ningún gallina, Dan, y tú lo sabes! ¡No le tengo miedo a nadie de este mundo! —Lo sé. Pero como el tipo, aparentemente, había vuelto del otro...

—¡Es lo que yo pienso, Dan!

—Nadie puede regresar del otro mundo, Buddy.

—¡Sobre eso habría mucho que discutir!

—Lees demasiadas novelas de terror, socio.

—¡Pues algunas de ellas están basadas en hechos reales, para que lo sepas!

—Está bien, no discutamos más. El caso es que alguien estuvo en este apartamento, te atizó con una porra, te dejó inconsciente, y se llevó la manta manchada de sangre.

—¡El muerto!

—Sigo afirmando que eso es imposible. Y, como discutiendo no aclaramos nada, sugiero que volvamos al lugar en donde dejamos el cadáver.

—¡Ni hablar! —Respingó Calvin—. ¡Yo no vuelvo allí ni alado!

—Es necesario, Buddy, Y Sabrina nos acompañará.

Ahora fue la muchacha la que dio el respingo.

—¿Yo...?

—No podemos dejarte sola, Sabrina. No estarías segura en tu apartamento. El tipo que golpeó a Buddy, entró como quiso.

—Eso me recuerda que Buddy, estaba aquí. ¿Cómo entró él?

—Utilizando mi juego de ganzúas —respondió el rubio.

—¿Y qué diablos buscabas?

—Las cosas del muerto.

—¿Las cosas del...?

Buddy Calvin miró a su socio.

—¿No se lo has explicado, Dan?

—No me dio tiempo —carraspeó Browne.

—Dan insistía en que habías ido por tus cigarrillos, pero yo sabía que no era verdad —rezongó la muchacha.

—Creo que los dos debemos pedirte disculpas, Sabrina —dijo Dan.

—Sospechabas de mí, ¿verdad? Pensabais que al tipo me lo había cargado yo.

Dan y Buddy se miraron.

El rubio confesó:

—Fue culpa mía, Sabrina. Dan estaba seguro de tu inocencia, pero yo conseguí que dudara de ti.

—Apuesto a que no tuviste que esforzarte demasiado —masculló la joven, mirando con reproche a Dan.

Éste tosió.

—Comprendo que estés enfadada conmigo, Sabrina, pero Buddy ha dicho la verdad. Yo no dudaba de ti. Sin embargo, ante los razonamientos de Buddy... El piensa que tú sabías que yo era detective privado, que no llamaste a mi puerta por casualidad.

Sabrina Diamond se puso ligeramente nerviosa.

—Buddy está en lo cierto, Dan —confesó—. Sabía que eras detective privado, por eso acudí a ti. Eras la única persona que podía ayudarme a deshacerme del muerto.

—¿Por qué fingiste que no lo sabías?

—Creí que era mejor.

—Qué tontería.

—Sí, ahora me doy cuenta de que lo fue.

—¿Nos ocultas algo más, Sabrina?

La muchacha tuvo una ligera vacilación.

Tras ella, respondió:

—No.

—¿Seguro?

—Yo no maté al tipo, Dan. Podéis creerme o seguir dudando de mí, pero os juro que yo no le clavé el cuchillo.

—Puede que nadie se lo clavara.

—¿Sigues pensando que el tipo representaba una comedia?

—Tal vez. Lo sabremos en cuanto lleguemos al lugar en donde lo dejamos. Si no está allí, es que no se trataba de un muerto verdadero.

—¿Y si continúa allí?

—Os apuesto doble contra sencillo a que no encontramos ni rastro de él —dijo Dan.

\* \* \*

Buddy Calvin se resistió a volver a aquel paraje solitario, pero al ver que Sabrina Diamond accedía a acompañar a Dan Browne, ya no fue capaz de negarse.

El rubio no quería que su socio dijese que Sabrina era más valiente que él, y accedió también a acompañarle, aunque malditas las ganas que tenía.

Fueron en el Ford de Dan.

Éste lo conducía, y Sabrina iba a su lado, mientras que Buddy ocupaba el asiento trasero. Hablaron muy poco durante el trayecto.

Y es que los tres se hallaban pensativos.

¿Seguiría el muerto donde Dan y Buddy lo dejaron?

¿Habría desaparecido?

Muy pronto iban a salir de dudas, pues ya estaban llegando al lugar.

Un par de minutos después, los faros del Ford descapotable alumbraban el paraje que escogieran los detectives privados para dejar el cadáver del tipo.

## CAPÍTULO VII

Dan Browne detuvo el coche, pero no apagó las luces.

Quería que los faros continuasen alumbrando el paraje.

Y con razón, pues el supuesto cadáver seguía allí, nuevamente envuelto con la manta. Sabrina Diamond ahogó un gemido de terror al ver que, clavada en la tierra, junto al muerto, había una estaca con un madero en el que, aparentemente escrito con sangre, podía leerse lo siguiente:

Por favor, no vuelvan a quitarme la manta, porque tengo mucho frío. Si me la quitan de nuevo, me vengaré de los tres.

Buddy Calvin leyó también la advertencia del muerto, con ojos espantados. Los pelos se le pusieron de punta, los labios le temblaron, los dientes empezaron a castañetearle.

—¡Dan...! —chillo, agarrando por detrás a su socio.

Browne, el único que conservaba la calma, rogó:

—Serénate, Buddy.

—¡Yo tenía razón, Dan! ¡El muerto volvió por la manta porque tenía frío!

—No seas majadero, Buddy. Los muertos no sienten frío ni calor. No pueden sentir nada, ya no tienen vida.

—¿Cómo sabes que no sienten nada? ¡Tú no te has muerto nunca!

—Lo sabe todo el mundo.

—¡Pues ése tiene frío! ¡Bien claro lo escribió en el madero!

—Eso no lo escribió él, si es que está realmente muerto, lo cual

sigo dudando. Puede ser otra broma del tipo. No os mováis de aquí.

Dan Browne hizo ademán de descender del coche, pero Sabrina Diamond lo agarró del brazo y lo retuvo.

—¿Adónde vas, Dan?

—Quiero saber si el tipo está muerto o nos está tomando el pelo a los tres.

—¡No salgas del coche, Dan!

—No temas, no me ocurrirá nada.

—¡Haz caso a Sabrina y larguémonos a toda pastilla de aquí, Dan! —aconsejó Buddy Calvin.

—¿Sin saber si el tipo es un cadáver o un bromista? ¡Ni hablar!  
—exclamó Browne, y saltó fuera del coche.

—¡Dan! —gritó Sabrina.

El detective no hizo caso y caminó hacia donde yacía el supuesto muerto, totalmente envuelto por la manta.

Buddy se estremeció en el asiento trasero del Ford.

—¡No quites la manta, Dan! ¡Se vengará de los tres, lo dice el madero! —chillo, presa del terror.

Dan Browne desoyó la advertencia de su socio y despojó al supuesto cadáver de la manta.

El tipo del pelo negro y ensortijado siguió tendido de bruces sobre la tierra, con el cuchillo hundido hasta el mango entre sus omoplatos.

Aparentemente, estaba muerto.

Pero Dan Browne no quiso fiarse esta vez de las apariencias.

Tenía que asegurarse de que el tipo era lo que parecía: un cadáver.

Se inclinó sobre él y le tocó el cuello.

Buddy Calvin y Sabrina Diamond no respiraban.

Los dos tenían los ojos dilatados y el corazón encogido.

Temían que pudiera suceder de todo.

Sin embargo, no sucedió nada.

Dan Browne se irguió, los miró, y dijo:

—El tipo está más muerto que mi abuela.

\* \* \*

Buddy Calvin dio un nervioso respingo.

—¡Te lo dije, Dan! ¡Te dije que se trataba de un muerto auténtico! ¡Envuélvelo con la manta enseguida, antes de que saque su porra y te llene la cabeza de chichones!

—El muerto no tiene ninguna porra, Buddy.

—¡Sí la tiene, yo la vi! ¡Y la probé, por desgracia!

—El que te hizo probar su porra, era otro.

—¡Era el muerto, Dan!

—Alguien muy parecido al muerto, Buddy.

—¡Tendría que ser su hermano gemelo!

—Pues a lo mejor lo tiene.

—¡No digas tonterías, Dan!

—Eres tú quien las dice, Buddy. Nadie que esté en su sano juicio puede creer que un muerto se enfada porque le quitan la manta, coge una porra, y la emprende a porradas con la gente.

—¡Pues yo sí lo creo!

—Entonces, te aconsejo que acudas al médico cuanto antes. Tu cerebro empieza a fallar, Buddy.

—¡Si el muerto te hubiera dado a ti con la porra, no hablarías así!

Dan no replicó.

Observó detenidamente lo que estaba escrito en el madero.

Tocó una de las letras y luego se olió la yema del dedo.

—Ven aquí, Buddy.

—¡Ni lo sueñes!

—Sólo quiero que compruebes que esto no fue escrito con la sangre del muerto, sino con pintura.

—¿Estás seguro, Dan? —preguntó Sabrina.

—Sí, el olor es inconfundible. Fue escrito hace poco, la pintura aún está tierna. —Entonces...

—Es una prueba palpable de que esto no es cosa del muerto, sino de los tipos que lo asesinaron y lo dejaron en tu dormitorio. Desean aterrorizarte, Sabrina. Aterrorizarnos a los tres. A ti, para que hagas lo que ellos quieren; A Buddy y a mí, para que nos olvidemos del asunto. Está más claro que el agua.

Sabrina Diamond no hizo comentario alguno, aunque Dan Browne creyó adivinar que la muchacha estaba deseando decir algo, sólo que no se atrevía.

¿Por qué razón guardaba silencio?

¿Qué era lo que temía?

Dan se dijo que tenía que averiguarlo como fuera.

Recogió la manta del suelo, la dobló, y volvió al coche.

Buddy gritó:

—¡Cubre al muerto con la manta, Dan!

—No.

—¡Es peligroso desoír las amenazas de los muertos!

—La amenaza del tablón es cosa de los vivos, Buddy.

—¡Yo no estoy tan seguro de eso!

—Ya sé que no —rezongó Dan, y guardó la manta en el maletero.

Después, subió de nuevo al coche.

Antes de poner el motor en marcha, miró a Sabrina Diamond y dijo:

—La manta es la única pista que podría servir a la policía para relacionarte con la muerte del tipo, Sabrina. Por eso alguien volvió por ella. Afortunadamente, la hemos recuperado. Buddy y yo te hemos ayudado a deshacerte del cadáver del tipo, Sabrina. Por eso alguien volvió por ella. Afortunadamente, la hemos recuperado. Buddy y yo te hemos ayudado a deshacerte del cadáver del tipo, pero me temo que los hombres que lo asesinaron y lo dejaron en tu apartamento van a seguir causándote problemas. Si de verdad deseas que te libremos definitivamente de ellos, sincérate de una vez con nosotros y dinos todo lo que sabes.

La muchacha se mordió nerviosamente los labios.

—Dan, yo...

—Sabrina, te conviene hablar. Esos hombres suponen un peligro para ti, y no te dejarán en paz hasta que consigan lo que quieren. Tú sabes quiénes son y lo que pretender de ti, estoy seguro.

La joven asintió levemente con la cabeza.

—Sí, lo sé —confesó al fin, en tono quedo.

—Habla, Sabrina. ¿Qué quieren esos hombres de ti?

—Si te lo digo, me matarán.

—Buddy y yo te protegeremos, no temas.

Sabrina Diamond siguió resistiéndose a hablar.

—Tengo miedo, Dan. No sabes cuánto.

—Está relacionado con el asunto de las drogas, ¿verdad?

—Sí.

—Quieren que vuelvas a traficar, ¿eh?

—Sí.

—¿Cómo se llama el tipo que da las órdenes?

La muchacha titubeó.

Dan la cogió por los hombros.

—Su nombre, Sabrina —insistió.

—Patrick... —musitó la joven.

—Su apellido.

—Grapewin.

—Patrick Grapewin, ¿eh?

—Sí.

—¿De cuántos hombres dispone?

—No lo sé, yo sólo conozco a dos. Se llaman Vincent y Gavin. Son los que me han estado presionando desde que salí de la cárcel. Patrick Grapewin quiere que vuelva a trabajar para él.

—¿Conoces al muerto, Sabrina?

—No, en eso no os mentí. Su cara me es totalmente desconocida.

—Sin duda, Grapewin esperaba que le llamaras cuando encontraras el cadáver del tipo en tu dormitorio, para que sus hombres te ayudaran a deshacerte de él. A cambio, él te hubiera pedido que volvieras a trabajar con lo de las drogas.

—Seguro. Por eso no le llamé, y preferí recurrir a ti.

—Hiciste bien, Sabrina. Tu única equivocación, fue no decírnos la verdad desde un principio.

—Si Patrick Grapewin se entera de que os lo he contado todo, ordenará a Vincent y Gavin que me cierren la boca para siempre.

—Nosotros lo impediremos, tranquilízate. No dejaremos que Grapewin y sus hombres te hagan ningún daño. Para llegar hasta ti, tendrán que pasar por encima de nuestros cadáveres. ¿No es cierto, Buddy?

—Yo sólo quiero largarme de aquí, Dan —gruñó el rubio.

Browne sonrió burlonamente.

—¿Sigues temiendo la venganza del muerto, socio?

Calvin iba a responder, cuando algo chocó contra el parabrisas del Ford, después de pasar silbando muy cerca de la oreja izquierda de Dan Browne.

¡Era una bala...!

## CAPÍTULO VIII

—¡Agachaos, rápido! —gritó Dan Browne—. ¡Nos están disparando!

Buddy Calvin y Sabrina Diamond se encogieron velozmente.

Un segundo proyectil se estrelló contra el parabrisas del coche.

La pistola debía ir provista de silenciador, pues no se escuchaban las detonaciones.

Dan Browne echó mano del revólver calibre 38 que llevaba acoplado al cinturón.

—¡Voy a salir, Buddy!

—¡No, Dan! —gritó Sabrina—. ¡Te matarán!

—¡Como nos matarán a los tres será si nos quedamos en el coche, encogidos como monos! ¡Cúbreme, Buddy!

—¡No puedo, la manta está en el maletero! —respondió el rubio.

Dan desgranó una imprecación.

—¿Crees que es momento para chistes, estúpido?

—¡No, es momento para salir zumbando! ¡Pon el motor en marcha y pisa el acelerador a fondo!

—¡Tenemos que atrapar a los tipos que nos disparan!

—¡Ya los atraparemos mañana, Dan!

Browne escupió una maldición.

—¡Saca tu revólver y cúbreme, o te saco yo a ti las tripas! —rugió.

Calvin extrajo rápidamente su revólver, idéntico al de su socio.

Los hombres que se ocultaban entre los árboles seguían disparando contra los ocupantes del Ford descapotable.

Dan intuía que eran dos, y ambos disparaban con pistolas automáticas.

Los tubos silenciadores ahogaban los estampidos.

Buddy asomó su diestra y efectuó varios disparos, pero lo hizo

sin apuntar, porque no se atrevía a sacar la cabeza.

Dan aprovechó aquel momento para abrir la portezuela de su lado y saltar fuera del coche. Acto seguido, se metió debajo del Ford y desde allí respondió al fuego de los atacantes.

Eran dos hombres, efectivamente.

Dan no pudo ver sus caras, debido a la oscuridad de la noche, pero sí pudo distinguir perfectamente sus siluetas. Los tipos se protegían con los troncos de los árboles.

Las balas del detective privado silbaron a pocos centímetros de los cuerpos de los individuos, y éstos optaron por retirarse.

Dan salió con rapidez de debajo del Ford y se lanzó en persecución de los tipos, corriendo encogido.

Los atacantes tenían su coche cerca de allí.

Dan oyó que ponían su coche en marcha y aceleró en su carrera.

No quería que los tipos escapasen.

Dan descubrió el coche de los individuos.

Era un Buick negro, y ya salía zumbando.

Dan disparó contra las ruedas del automóvil, pero la distancia y la oscuridad le hicieron fallar.

El Buick negro se perdió de vista.

Dan Browne no se resignó a perder a los tipos.

Los perseguiría con su Ford.

El detective regresó a toda prisa a su coche.

En cuanto lo alcanzó, se dio cuenta de que la persecución era totalmente imposible.

El Ford tenía una rueda deshinchada.

Una de las balas de los atacantes le había hecho un buen agujero.

\* \* \*

Dan Browne exhaló un suspiro y se guardó el revólver, diciendo:  
—Podéis asomar la cabeza. Los tipos han huido.

Buddy Calvin y Sabrina Diamond emergieron lentamente.

—¿Cuántos eran, Dan? —preguntó la muchacha.

—Dos.

—Vincent y Gavin, seguro.

—No pude verles la cara, pero yo también pienso que eran ellos.

Escaparon en un Buick negro.

—¿Por qué no los perseguimos, Dan? —sugirió Buddy.

—Una de las ruedas recibió un balazo —informó Browne—. Tenemos que cambiarla.

—Hagámoslo cuanto antes, pues.

—De nada servirá que nos demos prisa en cambiarla. Ya no podemos alcanzar a los tipos, nos llevan demasiada delantera.

—Pero al menos perderemos de vista al muerto.

—¿Todavía no te has convencido de que de él no tenemos nada que temer, Buddy?

—Me cascó con su porra, Dan.

—A tonto no hay quien te gane, socio.

—Puede que tengas razón, y que no fuera el muerto quien me atizó con la porra. Pero, mientras no me demuestres que tiene un hermano gemelo, yo seguiré convencido de que fue el muerto.

—Está bien, es tu problema —rezongó Dan—. Vamos, ayúdame a cambiar la rueda.

\* \* \*

El Ford de Dan Browne rodaba a no mucha velocidad, pues el detective temía un nuevo ataque por sorpresa de los hombres de Patrick Grapewin, y conducía con todos los sentidos alerta.

Buddy Calvin y Sabrina Diamond también pensaban que el ataque podía producirse, y miraban continuamente a ambos lados de la carretera.

Sin embargo, entraron en Sacramento sin haber tenido que afrontar nuevos peligros. Dan Browne estacionó su coche y dijo:

—Tendrás que dormir en mi apartamento, Sabrina.

—Bueno —respondió la joven.

—Vincent y Gavin debieron oír que nos lo contabas todo, y por eso abrieron fuego contra nosotros. Quieren eliminarte, y eliminarnos también a nosotros.

La muchacha tuvo un estremecimiento.

—Sabía que intentarían matarme si hablaba, os lo dije.

—No lo conseguirán, te lo prometo.

—Patrick Grapewin es un hombre muy peligroso, Dan.

—Buddy y yo también lo somos, cuando nos obligan a ello. La

próxima vez que nos encontremos con Vincent y Gavin, no los dejaremos escapar. No volverán a pillarnos desprevenidos.

—¿Dormirá también Buddy en tu apartamento, Dan? —preguntó Sabrina.

—Sí, nos conviene estar los tres juntos.

—Me alegro. Así tú no intentarás riada conmigo.

—Puede que lo intente él.

—No lo creo. Buddy tiene cara de buen chico.

—No te fíes de las apariencias, Sabrina.

Buddy intervino:

—Soy mejor persona que tú, Dan.

—Y un cuerno.

—Sabrina es una chica inteligente, y sabe que puede confiar mucho más en mí que en ti. —Apañada va, pues.

—¡Eh!, ¿pensáis pasaros toda la noche discutiendo? —exclamó Sabrina.

—Tú provocaste la discusión, guapa —recordó Dan.

—Tengo sueño, ¿sabéis? Son las tantas de la madrugada, así que vámonos a dormir. —Sabrina tiene razón— opinó Buddy. —Como nos descuidemos un poco, se nos hará de día y no habremos pegado ojo.

—Un problema que no tiene el muerto —repuso Dan—. El ya hace horas que pegó los dos.

Buddy Calvin soltó un gruñido.

—¿Quién bromea ahora a costa del muerto?

Dan Browne rió.

—Yo también tengo derecho, ¿no?

Salieron los tres del coche y se encaminaron hacia la escalera.

Todo estaba tranquilo.

No se veía a nadie, no se oía ningún ruido.

No obstante, Dan, Sabrina y Buddy no se confiaban.

Sabían que los hombres de Patrick Grapewin podían surgir en cualquier momento y de cualquier sitio, soltando tiros silenciosos.

Afortunadamente, no sucedió así, y la muchacha y los dos detectives privados alcanzaron el apartamento de Dan Browne. Éste no había olvidado coger la manta que sirviera para envolver al muerto. Antes de abrir la puerta, se la tendió a Sabrina Diamond, diciendo:

—Hazte cargo de la manta, Sabrina. Buddy y yo necesitamos tener ambas manos libres.

—¿Para qué?

—No quisiera asustarte, pero cabe la posibilidad de que Vincent y Gavin nos estén aguardando ahí dentro.

La muchacha dio un respingo.

—¿Tú crees, Dan?

—Vamos a saberlo enseguida —respondió el detective, sacando su revólver—. ¿Preparado, Buddy?

El rubio extrajo también su arma, rezongando:

—¿No tenías un método infalible para saber si te aguarda alguien en tu apartamento, Dan?

—Sí, pero no lo dejé preparado, antes de volver al lugar en donde dejamos al muerto. No ha podido, pues, funcionar.

—Conmigo sí funcionó, ¿eh?

—Así es.

—Me tienes intrigado, demonio.

—Ya lo sé —rió Dan.

—¿Cuándo vas a revelarme tu método?

—No es el momento, socio.

—Nunca es el momento —gruñó Calvin.

—Listo, Buddy. Voy a abrir la puerta.

## CAPÍTULO IX

Dan Browne abrió la puerta de su apartamento y se arrojó de cabeza al interior. Buddy Calvin le imitó al instante.

Ambos detectives rodaron por el suelo y buscaron protección.

Las luces del apartamento estaban encendidas.

Dan creía recordar que no las apagó, cuando salió, aunque no estaba demasiado seguro. De cualquier modo, no ocurrió nada.

Los hombres de Patrick Grapewin no parecían hallarse en el apartamento, aguardándoles. No obstante, Dan y Buddy, siempre con precaución, dieron un vistazo a todo, pudiendo comprobar que, efectivamente, Gavin y Vincent no se hallaban escondidos en el apartamento.

Dan Browne guardó su arma y fue hacia la puerta.

—Puedes entrar, Sabrina. No hay nadie.

Sabrina Diamond penetró en el apartamento, cuya puerta cerró el detective privado. Buddy Calvin se había sentado en el sofá del *living*, después de guardar también su revólver.

Sobre la mesa, seguían las tres copas que preparara Dan.

La de Buddy continuaba intacta, pues no llegó a beber ni un sorbo de licor, al indicarle Dan disimuladamente que era el momento de ausentarse con cualquier pretexto y registrar el apartamento de Sabrina.

El rubio se dijo que ahora podía beberse tranquilamente el *whisky* que le sirviera su socio, así que cogió la copa y se la acercó a los labios.

Justo en ese instante, una voz de ultratumba resonó en el *living*:

—Os advertí que no me quitarais la manta.

Buddy Calvin dio tal respingo que la copa saltó de su mano y se estrelló contra el suelo, desparramándose todo el licor.

—¡Es el muerto, Dan! —chilló, brincando del sofá como impulsado por un resorte. Sabrina Diamond, no menos aterrorizada que el rubio, dejó caer la manta y gritó:

—¡Ha vuelto otra vez! ¡El muerto ha vuelto otra vez!

La voz de ultratumba se dejó oír de nuevo:

—Sí, he vuelto otra vez. Y voy a vengarme de vosotros. Os advertí que me vengaría, si me quitabais la manta.

A Buddy Calvin le temblaban alarmantemente las piernas, pero ello no impidió que se disparara como un cohete en dirección a la puerta.

—¡El muerto quiere vengarse, Dan...!

Browne estiró la pierna y le puso una hábil zancadilla.

El rubio dio un grito y se estrelló de bruces contra el suelo.

—¡El muerto me ha engatillado la pierna, Dan!

—¡No ha sido el muerto, he sido yo!

—¿Por qué lo has hecho, Dan?

—¡Porque eres un estúpido! ¡Acabamos de registrar el apartamento, y sabes tan bien como yo que el muerto no está aquí!

—¡No estará su cuerpo, pero sí su espíritu! ¡Nos ha hablado, los tres hemos escuchado su siniestra voz!

—¡No es la voz del muerto, sino la de uno de los hombres de Patrick Grapewin, deliberadamente disfrazada! ¡Quieren meternos el terror en el cuerpo!

La aterradora voz que parecía llegar del Más Allá resonó nuevamente en el *living*:

—Estás equivocado, Dan Browne. Soy el muerto, convertido ya en un ser inmaterial, y voy a iniciar mi venganza precisamente contigo. Para empezar, te arrancaré los ojos. No podrás impedirlo, porque no verás en qué momento mis manos se acercarán a tus órganos visuales. Cuando te haya dejado ciego, y mientras aúllas como un coyote, con el rostro cubierto de sangre, le cortaré las orejas a Buddy Calvin.

El rubio, que seguía tirado en el suelo, agarrotado por el pánico, se agarró fuertemente los apéndices auriculares.

—¡No, las orejas no! —chilló.

—¿Prefieres que te corte lo que tienes de hombre, Buddy? —preguntó la supuesta voz del muerto.

Calvin encogió rápidamente las piernas y apretó los muslos.

—¡No, eso menos aún! —aulló.

—Está decidido, Buddy —sentenció la voz de ultratumba—. No volverás a sentirte hombre. Sabrina Diamond, en cambio, sí se sentirá mujer. Y se sentirá mujer conmigo. Con un muerto. Con un espíritu. Así pienso vengarme de ti, Sabrina. Te violaré. No me verás, pero me sentirás en todo momento. Sabrás que estás siendo poseída por un muerto.

—¡No...! —chilló la muchacha, y se desplomó.

El terror la había dejado sin fuerzas, provocando su fulminante desvanecimiento.

—¡Basta ya, farsante! —rugió Dan Browne, lanzándose hacia el *living*.

La voz surgía de allí.

Allí tenía que estar, pues, el transmisor que utilizaban los hombres de Patrick Grapewin para escuchar lo que ellos tres decían y hacerles llegar, al propio tiempo, aquella voz que parecía llegar del mismísimo infierno.

Dan lo buscó rabiosamente.

No tardó en encontrar el pequeño transmisor.

Estaba oculto debajo del sofá.

Dan lo cogió, se lo acercó a la boca, y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Descubrí vuestro truco, hijos de perra!

Acto seguido, arrojó el transmisor al suelo, con terrible furia, y luego lo pateó, hasta hacerlo pedazos.

\* \* \*

Cuando Sabrina Diamond abrió los ojos, algunos minutos después, se encontró en el dormitorio de Dan Browne, acostada en la cama.

—¡Dan! —gritó, irguiendo el torso de golpe.

El detective privado, sentado en el borde de la cama, la cogió por los hombros con suavidad.

—Cálmate, Sabrina.

—¡El muerto! ¡Quería violarme, Dan! ¡Y arrancarte los ojos a ti! ¡Y cortarle los genitales a Buddy!

—Sólo fue otra pesada broma de los hombres de Grapewin.

—¿Qué?

Dan le explicó lo del pequeño transmisor, y añadió:

—Vincent y Gavin llegaron antes que nosotros, se colaron en mi apartamento, colocaron el transmisor debajo del sofá, y se marcharon rápidamente. Deben de estar cerca de aquí. Nos vieron llegar y entrar en el apartamento. Entonces, pusieron en marcha la broma. Como oían lo que decíamos, les fue muy fácil continuar la broma. Se trataba de que el pánico se apoderara de nosotros. Yo supe desde el principio que la voz no era del muerto, porque no creo en esas cosas. Por eso me mantuve sereno. A Buddy y a ti, en cambio, os dieron un susto de muerte. Tú sufriste un desmayo, y Buddy...

—¿Qué le ocurrió a Buddy? ¿Dónde está?

—El pánico le ha causado una diarrea aguda.

Todavía flotaban en el aire las palabras del detective privado, cuando se escuchó el ruido que producía la cisterna del inodoro al vaciarse.

—¿No te lo dije? —sonrió Dan.

Sabrina miró hacia la puerta del baño.

Segundos después, Buddy Calvin salía de él, abrochándose el cinturón.

—Ni los patos creo que... —empezó a rezongar, pero se interrumpió al ver que la muchacha se había despertado y le miraba —. Hola, Sabrina —forzó una sonrisa—. ¿Cómo te sientes?

—Bien. ¿Y tú, Buddy?

—Mucho mejor que antes de sufrir el ataque de colitis, aunque parezca mentira. ¿Y sabes por qué?

—No.

—Ahora ya sé que el muerto no tiene nada que ver en todo lo que está sucediendo. El hallazgo del transmisor que esos bastardos de Gavin y Vincent habían escondido debajo del sofá, me convenció por completo. En cuanto Dan lo destruyó a taconazos, dejó de oírse la voz de ultratumba. No hubo, pues, venganza alguna por parte del muerto. Ni le arrancó los ojos a Dan, ni te violó a ti, ni me dejó a mí sin... Bueno, ya sabes a lo que me refiero —tosió el rubio.

Sabrina Diamond sonrió.

—A mí también me ha convencido lo del transmisor, Buddy. Demuestra claramente que todo es cosa de los hombres de Patrick

Grapewin.

—Me alegra que los dos hayáis comprendido al fin que los muertos son absolutamente inofensivos —dijo Dan Browne.

—Falta, no obstante, saber quién le atizó con su porra a Buddy —recordó Sabrina.

—Empiezo a sospechar que se trataba de otra broma de Vincent y Gavin, para meternos el miedo en los huesos.

—¡Seguro! —opinó Buddy.

—Lo sabremos en cuanto atrapemos a ese par de pájaros.

El rubio mostró sus enormes puños y masculló:

—Lo estoy deseando, Dan. Por su culpa he pasado los peores ratos de toda mi vida, y no se lo voy a perdonar. En cuanto me los eche a la cara, van a saber lo que es jarabe de puño. Y también le daré unas cuantas «cucharadas» a su jefe, el Grapewin ese. Es el responsable de todo, y no pienso dejarle un solo diente en la boca.

—Tendrá que alimentarse a base de caldos —repuso Dan, sonriendo.

—¡Tú lo has dicho! —exclamó Buddy, y se echó a reír.

De pronto, se puso serio, contrajo el rostro, y se agarró el vientre con ambas manos.

—¡Ya vuelve, Dan! —gimió.

—¿Quién?

—¡La maldita diarrea!

—¡Corre, socio, no vayas a mancharte los pantalones!

—¡Con vuestro permiso! —dijo Buddy, y se introdujo de nuevo en el cuarto de baño, desabrochándose ya el cinturón.

Dan y Sabrina rompieron a reír.

## CAPÍTULO X

Volvió a oírse la cisterna del inodoro.

Poco después, Buddy Calvin salía del cuarto de baño, rezongando:

—Espero no tener que volver en lo que queda de noche.

—No queda mucho, Buddy —dijo Sabrina Diamond, mirando el reloj despertador que descansaba sobre la mesilla de noche.

Dan Browne se puso en pie.

—Buddy y yo te dejamos sola, Sabrina, para que puedas dormir al menos unas horas.

—¿Dónde vais a dormir vosotros?

—No te preocupes, ya nos apañaremos —dijo Dan, y le dio un fugaz beso en los labios. Buddy no quiso ser menos, y también besó a Sabrina Diamond.

—Que descanses, Sabrina.

—Gracias, Buddy.

Dan lo agarró del brazo.

—Eh, socio.

—¿Sí, Dan?

—¿Por qué has besado a Sabrina?

—Tengo el mismo derecho que tú.

—Que te crees tú eso. Sabrina es cosa mía. Exclusivamente mía.

—¿Quién lo ha dicho?

—Me gusta, ¿sabes?

—A mí también.

—Veo que no lo has entendido, socio. Sabrina me gusta de una forma especial. No es como las otras chicas que conozco.

—No, Sabrina es mucho más guapa.

—Sí, pero no es ésa la razón de que me gusta más que las otras.

—¿Ah, no? ¿Cuál es, entonces?

—Eso debo decírselo a ella, antes que a ti. Anda, vamos.

Dan sacó a Buddy del dormitorio.

Antes de cerrar la puerta, los ojos de Dan y Sabrina se buscaron mutuamente.

—Felices sueños, Sabrina.

—Gracias, Dan.

La puerta se cerró y Sabrina Diamond quedó sola en la habitación.

Sentada en la cama, absolutamente inmóvil, permaneció varios minutos.

No podía olvidar las palabras de Dan Browne.

¿Las habría pronunciado sinceramente?

¿Sería verdad que ella le gustaba de una manera especial?

Era difícil saber la respuesta.

Conocía muy poco a Dan.

Apenas unas horas.

Sin embargo...

Sabrina lanzó un suspiro y se bajó de la cama.

Sin dejar de pensar en Dan Browne, se quitó los zapatos y el vestido, quedando en pantaloncitos y sujetador. Así, se metió en la cama y se cubrió con la sábana.

Intentó conciliar el sueño, pero no pudo.

Seguía pensando en Dan Browne, y ello le impedía dormirse.

Finalmente, optó por salir de dudas.

Apartó la sábana, se levantó de la cama, y se puso una bata corta que vio sobre un sillón. Debía ser de Dan, pues le venía muy holgada.

Sabrina se la cerró bien, ató el cinturón, y fue hacia la puerta, descalza. La abrió cosa de un palmo, muy silenciosamente, y miró hacia el *living*.

Dan y Buddy estaban allí.

El primero se encontraba sentado en un sillón, y tenía una revista en las manos. El segundo, se había tumbado en el sofá, y parecía dormido.

Sabrina abrió la puerta unos centímetros más y llamó:

—Dan.

El detective volvió la cabeza al instante.

—Sabrina... —musitó.

—Ven un momento, por favor.

Dan dejó la revista sobre la mesa, se levantó del sillón, y caminó hacia su dormitorio.

—¿Ocurre algo, Sabrina?

—¿Se ha dormido Buddy?

—Sí, como un leño.

—Qué suerte. Yo no consigo conciliar el sueño.

—¿No encuentras cómoda mi cama?

—Oh, sí, comodísima.

—¿Entonces...?

Sabrina Diamond se mordió los labios.

—Estoy nerviosa, Dan.

—¿Por las cosas que han pasado, o por las que todavía pueden pasar?

La muchacha movió la cabeza.

—No, no se trata de eso, Dan. En realidad, hace rato que me olvidé de Patrick Grapewin y sus hombres. Incluso del muerto.

—¿A qué se debe tu nerviosismo, entonces?

—Verás, no puedo dejar de pensar en lo que dijiste antes de salir del dormitorio.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Qué fue lo que dije?

—¿De veras lo has olvidado?

—Bueno, en este momento...

Sabrina Diamond apretó los labios.

—Si no lo recuerdas, es que no lo dijiste de verdad. Siento haberte molestado, Dan. Buenas noches —gruñó, y cerró la puerta.

Se quedó junto a ella, sintiendo unos enormes deseos de llorar.

Antes de que le brotasen las primeras lágrimas, oyó unos suaves golpes en la puerta. Sabrina abrió, muy seria.

—¿Aún estás ahí?

—Te quiero, Sabrina —dijo Dan.

El corazón de la muchacha dio un latido que valió por tres.

—¿Estás seguro, Dan?

—No pensaba decírtelo hasta que todo hubiera acabado, pero vi que te enfadabas conmigo cuando fingí haber olvidado lo que le

dije a Buddy, y no quiero dejarte así. —Dan...— murmuró la joven, visiblemente emocionada.

El detective empujó suavemente la puerta y entró en la habitación, para poder estrechar entre sus brazos a Sabrina Diamond. Lo hizo, apretadamente, y dijo:

—Es cierto, Sabrina. Eres la clase de chica que andaba buscando, y que no conseguía encontrar.

—¿Cómo me ibas a encontrar, si estaba en la cárcel?

—¡Qué chiste tan oportuno! —rió Browne.

—En serio, Dan. ¿No te importa que haya estado en la cárcel?

—No, no me importa. Cometiste un error, tú misma lo dijiste, y lo pagaste con dos años de cárcel. Tu deuda está saldada, y tú estás firmemente decidida a no volver a arriesgar tu libertad a ningún precio. —De eso puedes estar seguro.

—Lo estoy, Sabrina —dijo Dan, y la besó vehementemente.

Los labios de la muchacha se mostraron muy activos, también.

Cuando separaron sus bocas, casi cuatro minutos después, Sabrina dijo:

—Te has limitado a abrazarme, Dan.

—Así es.

—¿No sientes deseos de acariciar mis formas?

—Unos deseos locos.

—¿Y por qué no lo haces?

—Me obligaste a prometer que no intentaría cosas más atrevidas, ¿no lo recuerdas?

—Bueno, eso fue antes de que me confesaras que me quieres. Ahora es distinto, Dan. Tú me amas, y yo también te amo. Y cuando dos personas se aman...

—Sabrina, amor mío...

—Bésame otra vez, Dan.

El detective se apresuró a complacerla.

Y, esta vez, sus manos no se estuvieron quietas. Desataron el cinturón.

Abrieron la bata.

La hicieron caer al suelo.

Y no fue lo único que cayó...

Buddy Calvin no estaba dormido.

Había simulado estarlo porque sospechaba que Dan Browne no tardaría en abandonar el sillón y dirigirse al dormitorio, para intentar algo con Sabrina Diamond.

El rubio quedó un tanto sorprendido al ver que era Sabrina la que abría la puerta de la habitación y llamaba a Dan.

Buddy oyó lo que hablaron los dos, y vio cómo Dan se introducía en el dormitorio y cerraba la puerta, después de decirle a la muchacha que la quería.

El detective quería seguir escuchando y viendo, así que se levantó silenciosamente del sofá y caminó de puntillas hacia el dormitorio.

Primero, pegó su oído a la puerta.

Después, aplicó el ojo a la cerradura.

Vio cómo Dan y Sabrina se besaban fogosamente, y cómo él la despojaba de la bata, del breve y sugestivo sujetador...

Buddy no quiso espiar más.

Adivinaba que Dan y Sabrina acabarían haciendo el amor, y eso era algo muy íntimo. No debía, pues, seguir con el ojo aplicado a la cerradura, por muchas ganas que tuviera de ver completamente desnuda a la hermosa Sabrina.

Nuevamente de puntillas, Buddy Calvin regresó al *living* y se tumbó en el sofá, ahora para dormir de verdad.

Menos mal que antes no quiso dormirse.

Sí, porque de haber conciliado un sueño verdadero, ahora no se habría enterado de que alguien intentaba abrir la puerta del apartamento, hurgando en la cerradura con una ganzúa.

## CAPÍTULO XI

Buddy Calvin detectó los leves pero continuos ruidos que producía la ganzúa en la cerradura.

Evidentemente, alguien pretendía colarse en el apartamento.

Buddy pensó en Vincent y Gavin.

Seguro que eran ellos.

Buddy se levantó rápidamente del sofá.

Su primera intención, fue correr hacia el dormitorio y advertir a Dan Browne de lo que sucedía, pero al instante comprendió que no podía hacer tal cosa.

Dan ya habría desnudado por completo a Sabrina Diamond, estarían los dos sobre la cama, y...

No, Buddy no podía irrumpir en la habitación y sorprenderlos en plena unión íntima, sería algo que Dan no le perdonaría jamás. Y Sabrina tampoco.

El rubio decidió enfrentarse sólo a los hombres de Patrick Grapewin.

Al fin y al cabo, sólo eran dos.

Y él valía por tres.

Además, tenía tantas ganas de cobrarse los terribles sustos que los tipos le habían dado, que podría con ellos aunque fuesen más de dos.

Buddy Calvin corrió a ocultarse.

Los hombres de Grapewin no tardarían en entrar en el apartamento.

Buddy extrajo su revólver, por si se veía precisado a hacer uso de él.

Antes de un minuto, la puerta se estaba abriendo, lenta y silenciosamente.

El detective privado contuvo la respiración.

Dos hombres penetraron en el apartamento.

Ambos esgrimían pistolas automáticas, provistas de silenciador.

Uno de los tipos cerró suavemente la puerta.

Después, los dos se adentraron en el apartamento, silenciosos como sombras.

Iban directos al dormitorio.

Pasaron muy cerca de donde se hallaba oculto Buddy Calvin.

Éste se dijo que era el momento de entrar en acción.

Y entró.

De forma centelleante.

Y fulminante, además.

Vincent y Gavin no tuvieron tiempo de reaccionar, pues apenas se dieron cuenta de que eran atacados. Buddy surgió detrás de ellos como un rayo y les asestó un terrible mazazo a cada uno en la nuca. Los tipos se desplomaron en el acto, perdiendo las pistolas.

Buddy se guardó el revólver y luego se apoderó de las armas de los hombres de Grapewin, las cuales escondió bajo el asiento de uno de los sillones del *living*.

Vincent y Gavin no habían llegado a perder el conocimiento.

Sólo estaban aturridos.

Buddy lo sabía.

Por eso fue hacia ellos.

La diversión iba a empezar.

Una diversión exclusiva para él.

Los tipos ya se habían divertido bastante aquella noche.

Ahora, tendrían que conformarse con el papel de víctimas.

Vincent tenía bigote.

De pronto, todos los pelos que lo formaban se pusieron a temblar.

Buddy acababa de hundirle la puntera del zapato en el hígado.

Vincent lanzó un aullido y se encogió en el suelo.

Gavin no tenía bigote.

Pero tenía unas patillas muy largas.

Y de ahí precisamente lo agarró Buddy, para levantarlo.

El aullido de Gavin no tuvo nada que envidiar al de su compañero.

Y con razón, pues Buddy le había arrancado así como medio

centenar de pelos de cada patilla, al levantarlo bruscamente.

Gavin sentía que las patillas le quemaban, y ese terrible dolor se esparcía por toda su cara e incluso por su cuero cabelludo.

Tania ganas de llorar.

Y lloró.

Pero por un solo ojo, el derecho.

El otro, el izquierdo, acababa de ser dinamitado por el poderoso puño de Buddy Calvin, y tardaría semanas en parecer de nuevo un ojo humano.

Gavin se derrumbó, naturalmente.

Nadie podía aguantar en pie firme tan tremendo zambombazo.

Vincent, pese al agudo dolor que sentía en el hígado, intentó ponerse en pie.

Buddy lo ayudó, pero como lo hizo agarrándolo de las orejas, el tipo dio un chillido.

El detective le hundió el puño en el estómago y se lo machacó.

El chillido de Vincent se cortó en seco.

Ya no podía gritar.

El dolor le ahogaba.

Vincent se había doblado, y Buddy se encargó de enderezarlo propinándole un rodillazo en pleno rostro.

Crujieron muchas cosas.

Vincent no supo qué le dolía más, si los labios —los tenía los dos partidos—, los dientes —había perdido tres, y otros cuatro o cinco los tenía medio sueltos—, o el tabique nasal, literalmente pulverizado por la rodilla del detective privado.

La cara del tipo estaba totalmente cubierta de sangre.

Buddy dejó ir el puño zurdo.

Ahora fue la mandíbula de Vincent lo que crujió lastimosamente.

Un par de segundos después, el tipo yacía en el suelo, sin conocimiento.

Buddy Calvin pasó a ocuparse de Gavin.

El tipo se estaba incorporando, con una mano sobre el ojo izquierdo.

Buddy permitió que se irguiera del todo y entonces le «tanteó» el hígado con su puño diestro.

Gavin dio un rugido de dolor y se encogió, agarrándose la zona

castigada con ambas manos.

Entonces pudo verse lo mal que tenía el ojo izquierdo.

La ceja estaba abierta, hinchada, y casi sin pelos. El pómullo, partido y muy hinchado, también, casi se unía con la pulverizada ceja. Y, entre una cosa y otra, un bulto oscuro, en el que apenas se podían apreciar los párpados, totalmente cerrados.

En suma, una pena de ojo.

Buddy irguió a Gavin con un gancho de izquierda, y luego le soltó un trallazo con la derecha.

Justo en el instante en que Gavin se derrumbaba, sin sentido, la puerta del dormitorio se abría y Dan Browne se dejaba ver, vistiendo sólo el pantalón. Llevaba el torso desnudo e iba descalzo.

Casi al momento, aparecía Sabrina Diamond, envuelta en la corta bata de Dan.

—¡Son Vincent y Gavin! —exclamó la muchacha, reconociendo a los tipos.

—Lo supuse en cuanto los vi entrar en el apartamento —dijo Buddy Calvin, pasándose la lengua por los enrojecidos nudillos.

—¿Por qué no me avisaste, Buddy? —preguntó Dan Browne, acercándose a los tipos—. No quise molestarle, Dan —sonrió el rubio—. Y como solo eran dos...

—Les has dado una buena paliza, socio.

—Te dije que en cuanto me los echara a la cara, iban a saber lo que es jarabe de puño. —Me temo que te has pasado con la dosis, Buddy.

—Pues ya verás cuando pille a Patrick Grapewin. Ése se va a beber todo el jarabe que queda en el irasco.

Dan Browne no pudo reprimir una sonrisa.

—Lo matarás, socio.

—No se perdería gran cosa. Es más, creo que le haríamos un favor a la gente de Sacramento.

—Nos interesa atraparlo vivo, Buddy.

—No temas, Dan. Sabré frenarme a tiempo.

—Eso espero. Trae un poco de agua, Buddy. Tenemos que despertar a los tipos.

—Enseguida.

Vincent y Gavin volvieron en si en cuanto el agua fresca cayó sobre sus vapuleados rostros. Al instante, comenzaron a gemir a

dúo, porque les dolía todo.

—¡Silencio los dos! —ordenó Buddy Calvin—. Al primero que se queje, le atizo un patadón en las costillas.

La amenaza hizo efecto.

Vincent y Gavin no volvieron a quejarse.

Dan Browne los miró a los dos con fijeza.

—¿Quién es el muerto? —interrogó.

Los tipos no respondieron.

Dan advirtió:

—Si no nos lo decís, dejaré que Buddy os sacuda un poco más. Sé que está deseando hacerlo.

—¡Y cómo! —dijo al instante el rubio, mostrando sus duros puños. Vincent y Gavin se arrugaron como pasas.

Fue el primero quien reveló:

—El muerto se llamaba Charlie; Charlie Horden.

—¿Por qué lo liquidasteis? —siguió interrogando Dan.

—No fuimos nosotros —respondió Gavin.

—Y yo soy tan tonto que me lo creo.

—Es la verdad —dijo Vincent—. A Charlie se lo cargó Jeff, su hermano. Buddy dio un respingo.

—¿Charlie Horden tenía un hermano?

—Sí, Jeff Horden —asintió Gavin—. Eran gemelos.

Dan miró a su socio y dijo:

—Jeff fue el que te atizó con la porra, Buddy.

## CAPÍTULO XII

—¡Por eso lo confundí con el muerto! —exclamó Buddy Calvin—. ¡Ese bastardo de Jeff también probará mi jarabe de puño, cuando le eche la vista encima! —masculló a continuación.

Dan Browne volvió a encerrarse con Vincent y Gavin.

—¿Por qué mató Jeff a su hermano?

—Charlie le había birlado a su chica, y Jeff no se lo perdonó. Después de clavarle el cuchillo en la espalda, Jeff nos pidió que le ayudáramos a deshacerse del cadáver de su hermano. Lo consultamos con el jefe, y entonces fue cuando a Patrick Grapewin se le ocurrió utilizar el cadáver de Charlie para poner a Sabrina entre la espada y la pared —explicó Gavin.

—¿Y Jeff estuvo de acuerdo?

—Bueno, al principio puso algunas objeciones, pues temía que Sabrina avisara a la policía cuando descubriera el cadáver de un desconocido en su apartamento —respondió Vincent—. Pero Grapewin le aseguró que Sabrina no haría tal cosa, con sus antecedentes. El jefe esperaba que Sabrina recurriera a él y le suplicara que la ayudásemos a deshacerse del muerto. Pero se equivocó, porque recurrió a vosotros.

—Sin embargo, seguisteis adelante con el plan.

—Sí, ya no podíamos volvernos atrás —contestó Gavin—. Vosotros dos os habíais entrometido en el asunto, y teníamos que vigilaros. Os seguimos cuando cargasteis con el cadáver de Charlie, y vimos dónde lo dejabais. Pudimos acabar con vosotros en ese momento, pero el jefe decidió que Jeff entrara en acción y os diera un susto de muerte. Como era de esperar, vosotros pensaríais que se trataba del muerto.

—¿Y por qué me eligió a mí? —pregunto Buddy.

—Te vimos entrar sólo en el apartamento de Sabrina, y pensamos que era un buen momento para sorprenderte. Jeff se coló silenciosamente en el apartamento, y te dio el susto —respondió Vincent.

—Y después de darme el susto, me dio con la porra —masculló el rubio.

Vincent y Gavin guardaron silencio.

Dan preguntó:

—¿Dónde está Jeff Horden en este momento?

Los tipos vacilaron.

—Mi socio os ha hecho una pregunta —habló duramente Buddy—. ¡Responded o me pongo a patear costillas! —amenazó, echando la pierna hacia atrás.

—En su casa, seguramente —contestó Vincent.

—Su actuación terminó cuando le atizó con la porra a Buddy —explicó Gavin—. De todo lo demás, nos encargamos nosotros.

—¿De quién era aquella voz de ultratumba que salía por el transmisor? —interrogó Buddy.

—Mía —confesó Vincent, con cierto temor.

—Me alegro de haberte destrozado la boca, pues. Te lo merecías, por las cosas que dijiste. Y también me alegro de haberte puesto a ti el ojo así —le dijo el rubio a Gavin—. Os quitará las ganas de aterrorizar a la gente.

Dan inquirió:

—¿Dónde vive Jeff Horden?

Gavin se lo dijo.

—¿Y Patrick Grapewin...?

Gavin se lo dijo también.

Dan miró a Buddy y sugirió:

—¿Qué te parece si les hacemos una visita, socio?

—¡Es una gran idea, Dan! —exclamó el rubio, y luego se escupió en las manos.

Y es que se moría de ganas de empezar a sacudir de nuevo.

\* \* \*

Dan Browne estaba atando las manos de Vincent a su espalda, con un pedazo de cuerda, mientras que Buddy Calvin hacía lo

propio con Gavin.

De pronto, Sabrina Diamond, que había permanecido muy callada durante el interrogatorio de los detectives privados a los hombres de Patrick Grapewin, dijo:

—Voy a vestirme.

Dan la miró.

—¿Vuelves a tu apartamento, Sabrina?

—Quiero ir con vosotros.

Dan y Buddy cambiaron una mirada.

El primero aconsejó:

—Deberías quedarte aquí, Sabrina. Es más seguro.

—¿Seguro, dices? En tu apartamento, al igual que en el mío, entra quien quiere, cuando quiere, y como quiere. De nada sirve que la puerta esté cerrada.

—Sabrina...

—No insistas, Dan, No quiero quedarme sola, ni en tu apartamento ni en el mío. Iré con vosotros. Me encantará ver cómo atrapáis a Patrick Grapewin y a Jeff Horden.

—Puede ser peligroso, Sabrina.

—También era peligroso ir al lugar en donde habíais dejado al muerto, y tú me pediste que fuera. Recuerda que casi nos matan a los tres.

Buddy Calvin intervino:

—Sabrina tiene razón, Dan. Estará más segura con nosotros. La protegeremos bien, y no le sucederá nada.

Dan Browne dio una cabezada de asentimiento.

—De acuerdo, puedes venir con nosotros, Sabrina.

—Gracias, Dan —sonrió la muchacha, y se introdujo en el dormitorio.

Se despojó rápidamente de la bata de Dan, quedando completamente desnuda. Sus prendas íntimas yacían en el suelo. Las recogió y se las puso. Se estaba abrochando el sujetador, cuando Dan entró en la habitación.

—Yo también tengo que acabar de vestirme —dijo el detective privado—. Con las prisas, sólo me puse el pantalón.

Sabrina Diamond sonrió pícaramente.

—Vincent y Gavin fueron muy inoportunos, ¿verdad, Dan?

—Y que lo digas —suspiró Browne—. Por su culpa no pudimos

hacer nada.

—Otra vez será.

—Cuando regresemos. ¿Te parece bien?

—Ya veremos.

Dan se acercó a ella y le rodeó la desnuda cintura con sus brazos.

—¿Se te han ido las ganas de hacer el amor conmigo, Sabrina?

—Claro que no.

—¿Entonces...?

—Lo de «ya veremos», lo dije para ver cómo reaccionabas.

—Por mi gusto, y tú lo sabes, volvería contigo a la cama ahora mismo.

—Qué pena que no pueda ser, ¿verdad?

—El trabajo es lo primero, cariño. Debemos atrapar a Patrick Grapewin y a Jeff Horden cuanto antes.

—Lo sé. Por eso no dije nada cuando le sugeriste a Buddy el ir por ellos. Soy una chica muy comprensiva.

—Un monumento de chica, eso es lo que eres —repuso el detective, acariciándole la desnuda espalda, las sensuales caderas, las prietas nalgas, apenas cubiertas por el sucinto pantaloncito rojo.

Sabrina ahogó un gemido de placer.

—Frena, Dan, o dejaré de ser una chica comprensiva —dijo, porque Browne, además de acariciarla, le estaba besando y mordisqueando los muchos centímetros de busto que el breve sujetador dejaba al descubierto.

El detective levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Te deseo como jamás he deseado a ninguna mujer, Sabrina.

Ella le acarició dulcemente el rostro.

—Vamos en busca de Patrick Grapewin y Jeff Horden, Dan. Cuanto antes los atrapemos, antes estaremos de vuelta y tú y yo podremos...

—Sí, tienes razón. No perdamos un solo segundo más.

\* \* \*

Dan Browne y Sabrina Diamond salieron del dormitorio, completamente vestidos.

—En marcha, Buddy —indicó Dan.

El rubio sonrió irónicamente.

—Estaba empezando a pensar mal, ¿sabéis?

—¿Por qué?

—Por vuestra tardanza. No hace falta tanto tiempo para vestirse.

—Hay que vestirse despacio, cuando se tiene prisa. ¿Sabes quién decía eso, socio?

—No.

—Napoleón Bonaparte.

—Napoleón estaba como una cabra.

—Era un genio, Buddy.

—Que tenía mucho genio, querrás decir.

—Contigo no se puede —rió Dan—. Anda, vamos.

Salieron del apartamento, empujando a Vincent y Gavin, quienes, maltrechos y con las manos atadas a la espalda, nada podían hacer para que su situación se tornase más favorable.

Pero los tipos no desesperaban de salir con bien de aquella situación. Confiaban en Patrick Grapewin. Y en Jeff Horden. Especialmente, en este último.

Jeff Horden era un tipo con muchos recursos, capaz de sorprender al más pintado. Caminaron los cinco por la hermosa terraza y alcanzaron la escalera.

Descendieron por ella.

Segundos después, subían todos al Ford de Dan Browne.

Éste y Sabrina Diamond ocuparon el asiento delantero.

Detrás, iban Vincent y Gavin, vigilados por Buddy.

Dan se disponía a poner el motor en marcha, cuando alguien surgió de repente y les apuntó con una pistola automática dotada de silenciador.

—¡Quietos! —ordenó el tipo.

Era Jeff Horden.

El hermano gemelo del muerto.

## CAPÍTULO XIII

Dan Browne desistió de poner el coche en movimiento.

Jeff Horden estaba muy cerca.

No fallaría, si accionaba el gatillo.

Sabrina Diamond ahogó un gemido de angustia.

Empezaba a arrepentirse de haber querido acompañar a la pareja de detectives privados.

Tampoco Buddy Calvin se movió.

Todas las ventajas estaban de parte del hermano del muerto, y el rubio lo sabía.

Jeff Horden se fijó en Vincent y Gavin.

—Parece que os sacudieron de firme, ¿eh, muchachos?

—Fue cosa del rubio —masculló Vincent—. Nos atacó por la espalda, y...

—Estamos deseando cobrarnos los golpes que nos dio —aseguró Gavin, mirando con odio a Buddy.

Lo miró con un solo ojo, claro; el derecho.

Con el izquierdo tardaría días en poder ver.

—Desátalos —indicó Jeff a Buddy.

Éste no tuvo más remedio que obedecer.

Tan pronto como tuvo las manos libres, Vincent levantó el puño derecho, con intención de estrellárselo en el rostro a Buddy Calvin, pero Jeff Horden exclamó:

—¡Aquí no, Vincent! Ya tendréis tiempo de sacudirle cuanto queráis. Lo que nos conviene ahora, es largarnos cuanto antes.

—Jeff tiene razón —opinó Gavin—. Más tarde le daremos su merecido al rubio, Vincent. Desátame, vamos.

Vincent desató a Gavin.

Jeff indicó:

—Desarmadlos, rápido.

Vincent se apoderó del revólver de Buddy, mientras que Gavin arrebató a Dan su arma.

Los detectives nada pudieron hacer para impedirlo.

Jeff Horden no dejaba de apuntarles con su pistola.

El hermano gemelo del muerto siguió dando órdenes:

—Vincent, Gavin, salid del coche. Vosotros iréis en el Buick. De los tipos y de la chica, me encargo yo.

—Es peligroso que vayas solo con ellos en su coche, Jeff —advirtió Vincent—. Pueden sorprenderte.

—No soy tan torpe como vosotros —replicó Horden—. Vamos, haced lo que os digo. Vincent y Gavin descendieron del Ford y fueron en busca del Buick, que se hallaba estacionado no lejos de allí.

Jeff ordenó a Sabrina que pasara al asiento trasero, y a Buddy que se sentara junto a Dan. Cuando lo hubieron hecho, Jeff se sentó al lado de Sabrina y hundió el extremo del tubo silenciador de su arma en el costado de la joven, advirtiéndole:

—Si intentáis algo, me cargo a la muchacha.

Sabrina Diamond palideció.

Dan y Buddy no dijeron nada.

El Buick negro ya se aproximaba, conducido por Vincent.

Jeff Horden indicó:

—Pon el coche en marcha, detective.

Dan obedeció y el Ford descapotable se puso en movimiento.

\* \* \*

Llevaban algunos minutos rodando por las calles de Sacramento, desiertas y silenciosas, debido a la hora.

El Buick seguía al Ford.

Dan Browne, con objeto de distraer a Jeff Horden, preguntó:

—¿Es cierto que tú liquidaste a tu hermano Charlie, Jeff?

—Sí —asintió el tipo.

—¿Tan mal te supo que te birlara a tu chica?

—Sí, muy mal.

—Reconozco que estuvo muy feo, pero matar a un hermano...

—Charlie era un hijo de perra. Y que me perdone mi madre,

pero es la verdad.

—Te hizo otras faenas antes de ésa, ¿eh?

—Sí, bastantes. Se la tenía jurada desde hacía tiempo. Y hoy, por fin, me decidí a cargármelo. No volverá a hacerme más faenas.

Buddy Calvin intervino:

—¿Cómo apareciste tan oportunamente, Jeff?

—Estaba en el Buick, esperando a Vincent y Gavin.

—Nos engañaron, los muy zorros —rezongó el rubio—. Nos dijeron que te habías ido a tu casa, después de atizarme a mí con la porra, que tu actuación terminó ahí.

Jeff Horden sonrió.

—Os engañaron, sí. Ellos sabían que yo aguardaba en el Buick, y que intentaría algo, cuando viera que los habíais capturado a los dos. Trabajo para Patrick Grapewin, como ellos. Cuando Vincent y Gavin intentaron acabar con vosotros, en el lugar en donde dejasteis el cadáver de mi hermano, yo también aguardaba en el Buick. Allí también fallaron, porque son un par de inútiles. El mejor hombre que tiene Grapewin, el más seguro, el más eficaz, soy yo. Y espero que esta noche se dé cuenta, cuando sepa que...

Sabrina Diamond entró inesperadamente en acción, consiguiendo arrebatarse de un furioso zarpazo el arma que empuñaba el tipo, y que desde hacía varios minutos presionaba ininterrumpidamente en su costado.

La pistola automática cayó sobre el piso del coche.

—¡Perra! —rugió Jeff Horden, y trató de recuperar su arma.

—¡A él, Buddy! —gritó Dan Browne, sin soltar el volante.

Buddy Calvin se lanzó sobre el hermano gemelo del muerto y empezó a recetarle jarabe de puño, una dosis detrás de otra, para que apreciara mejor sus efectos.

—¡La pistola, Sabrina! —indicó Dan.

La muchacha recogió velozmente el arma y saltó al asiento delantero.

Entregó la pistola a Dan.

Éste detuvo el coche y saltó al exterior.

Vincent y Gavin, lógicamente, se habían dado cuenta de lo que ocurría en el Ford descapotable. Al ver que Dan Browne detenía su coche, Vincent detuvo también el Buick y él y Gavin saltaron al suelo, esgrimiendo los revólveres que arrebataran a los detectives

privados.

Dan le dio al gatillo primero, y como su puntería era envidiable, Vincent y Gavin se desplomaron sin haber hecho uso de los revólveres.

El detective corrió hacia ellos y recuperó su arma y la de Buddy.

Después, examinó a los tipos.

Nada se podía hacer por ellos.

Vincent tenía un gran manchón de sangre en el lado izquierdo del pecho, lo que permitía adivinar que el proyectil le había atravesado el corazón, segándole la vida instantáneamente.

Gavin no salió mejor parado, ya que recibió el plomo en el ojo izquierdo, el que le dinamitara Buddy con su poderoso puño, y la bala había destrozado muchas cosas en el interior de su cabeza, causándole una muerte fulminante.

Dan Browne los dejó a los dos allí, desmadejados sobre la calzada, junto al Buick negro, y regresó rápidamente al Ford.

Buddy Calvin seguía zurrándole con ganas a Jeff Horden en la parte trasera del coche. Pero ahora, en vez de recetarle jarabe de puño, le recetaba jarabe de porra.

Y es que Jeff, para defenderse del fornido rubio, había echado mano de su porra de goma. Fue un tremendo error, porque Buddy se la arrebató al instante y empezó a atizarle con ella.

Cuando Dan alcanzó su coche, Jeff Horden tenía ya una docena larga de chichones en la cabeza.

—¡Estoy disfrutando como un enano, Dan! —exclamó Buddy, y siguió manejando la porra que era un primor.

\* \* \*

Patrick Grapewin era un tipo de mediana edad, bastante alto, fuerte, de facciones no demasiado agradables, pues tenía cara de búho. Lucía una bata brillante y fumaba un magnífico habano, mientras paseaba arriba y abajo por el salón de su casa, ubicada en las afueras de la ciudad.

Patrick no quería irse a la cama sin saber cómo acababa la cosa.

Esperaba que Vincent, Gavin y Jeff le telefoneasen de nuevo o se personasen en su casa, para darle los detalles de lo sucedido.

Súbitamente, la puerta se abrió y tres personajes penetraron en

el salón. Los dos hombres esgrimían revólveres, y flanqueaban a la mujer.

Patrick Grapewin se quedó frío como el hielo.

No conocía a los hombres, pero como acompañaban a Sabrina Diamond, dedujo inmediatamente que se trataba de Dan Browne y Buddy Calvin, los dos detectives privados que ayudaran a la muchacha a deshacerse del cadáver de Charlie Horden.

—Buenas noches, señor Grapewin —dijo Sabrina.

—¿Qué... qué significa esto? —tartamudeó Patrick, pálido como un difunto.

—Significa que su plan ha fracasado, Grapewin —respondió Dan—. Vincent y Gavin han muerto, y tenemos a Jeff Horden.

—Atado de pies y manos, y con la cabeza llena de chichones —añadió Buddy.

Sabrina Diamond anunció:

—Voy a denunciarle a la policía, señor Grapewin. No lo hice cuando me detuvieron porque tuve miedo, pero ahora ya no lo tengo. He comprendido que puede hacerme usted mucho más daño fuera de la cárcel que metido en ella.

—No, Sabrina, por favor —suplicó Patrick—. No le digas nada a la policía. Si no me denuncias, no sólo me olvidaré de ti para siempre, sino que te daré cinco mil dólares.

—¿A nosotros no piensa ofrecernos nada, Patrick? —preguntó Dan.

—Por supuesto que sí —sonrió nerviosamente Patrick—. Os entregaré también cinco mil dólares a cada uno si soltáis a Jeff Horden y os olvidáis de mí.

—Trato hecho —respondió Dan—. Ve y sella el trato con Grapewin, Buddy.

—Encantado —sonrió el rubio, guardándose el revólver y sacando la porra de goma de Jeff Horden.

Con ella selló el trato.

Cuando acabó, Patrick Grapewin tenía tantos chichones como Jeff Horden y muy pocos dientes en la boca, pues la porra de goma le golpeó tres o cuatro veces en ella.

## EPÍLOGO

La policía se había hecho cargo ya de Patrick Grapewin y Jeff Horden.

Después de informar detalladamente a los agentes de la ley, Dan Browne, Sabrina Diamond y Buddy Calvin abandonaron la casa de Patrick Grapewin.

Por la mañana, tendrían que personarse en la comisaría para formalizar la denuncia y firmar sus respectivas declaraciones.

De regreso a su apartamento, Dan dijo:

—Hemos perdido quince mil dólares entre los tres.

—Sí, pero nos hemos divertido más... —repuso Buddy.

Dan y Sabrina rieron alegremente.

Buddy preguntó:

—¿Es ya el momento de revelarme tu método, Dan?

—¿Qué método?

—El que empleas para saber si se ha colado alguien en tu apartamento, durante tu ausencia.

—Oh, te refieres a eso.

—¿Me lo dices?

—Está bien, lo haré. Pero tienes que prometerme que no volverás a prepararme ninguna sorpresa de ésas que a ti te gusta dar, y que conmigo nunca dan resultado.

—Prometido.

—Es un método muy simple, socio. Basta con pegar un cabello en la ranura de la puerta, a la altura que uno prefiera. Si cuando vuelves a casa, el cabello sigue pegado, es que no ha entrado nadie. En cambio, si el cabello no está...

—¡Maldita sea! —exclamó Buddy—. ¿Por qué no se me ocurriría eso a mí?

—No creas que el método es invención mía, socio. Mucha gente lo ha utilizado antes que yo.

—¡Y yo sin enterarme! Menudo detective estoy hecho —rezongó el rubio.

Minutos más tarde, se separaban.

Buddy Calvin se encaminó hacia su apartamento, ubicado cerca de donde vivían Dan Browne y Sabrina Diamond.

Dan y Sabrina pasaron la noche en el apartamento del primero.

Lo poco que quedaba de noche, claro.

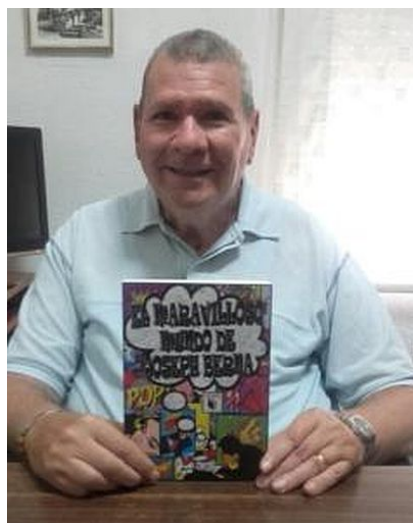
Pero ellos lo aprovecharon muy bien.

Tan bien, que justo nueve meses después, Sabrina Diamond traía al mundo un robusto varón. Pero no fue ningún problema, porque Dan Browne y ella llevaban casados ocho meses y medio.

¿Adivinan quién fue el padrino de boda...?

¡Buddy Calvin, naturalmente!

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».